

Una novela de ficción, inspirada en la vida misma,  
que cuenta una conspiración contra el proceso de paz en Euskadi.  
Escrita para Internet por la modalidad de la vía rápida

## El cronista cansado

Iosu Perales



1

La reunión de Maitines en aquel lunes invernal de finales de febrero se presentaba especial. Por primera vez desde que dejara la presidencia del gobierno, el máximo líder era esperado por los cinco hombres y dos mujeres que habitualmente departían intimidades de la política partidaria en su oposición cada vez más radical al gobierno socialista. Afuera, podían verse los tejados de Madrid, cubiertos con una escarcha blanca, bajo un cielo plomizo que amenazaba una nueva nevada. Hacía ya días que el sol permanecía oculto y sus rayos atravesaban débiles los nubarrones negruzcos, dando a la ciudad una tonalidad atristada. Era imposible divisar un solo pájaro en aquella mañana helada. Abajo los coches avanzaban despaciosamente, temerosos al asfalto resbaladizo, haciendo sonar los claxon para mantener las distancias.

Uno de los hombres fumaba. Lo hacía con el consentimiento de los demás, sabedores que su dependencia lo hacía ponerse nervioso y hasta impertinente en los ratos de abstinencia, de modo que su estatus era especial. Pero estaba advertido que durante la permanencia del gran jefe no tendría más remedio que aguantar las ganas, un par de horas era lo previsto, y limitarse a chupar un falso cigarro de esos que venden en farmacias. Llevaban unos diez minutos a la espera y el hombre aspiraba el humo con deleite, preparándose para la visita. Él se encontraba junto al gran ventanal del séptimo piso, en tanto que los otros seis, sentados alrededor de una mesa ovalada, parecían estarlo para una oración. Al fin, por un teléfono interno, anunciaron la llegada del máximo líder al portal del edificio y el que fumaba apagó rápidamente el pitillo, entregó el cenicero a una asistenta y se colocó a la izquierda del que presidía los Maitines, el nuevo presidente del partido, un tipo corpulento, de rostro barbudo y dotado de un singular siseo al hablar. Sintieron los pasos al otro lado de la puerta de madera noble y se pusieron en pie.

El que empujó la puerta de caoba era de estatura mediana tirando a pequeña, maquillada por unos zapatos de suela gruesa. Lucía una cabeza repeinada con fijador hasta un punto tan exagerado que lo hacía representar un personaje anticuado. Pero él era el máximo líder y todos los presentes lo tenían tan interiorizado que apenas podían disimular una cierta incomodidad. El que ejercía de presidente se adelantó con el brazo alargado hasta el límite, mientras las dos mujeres se colocaban inmediatamente detrás, haciendo cola para recibir los castos besos del recién llegado. Los demás se alinearon tras las mujeres y dispusieron de una sonrisa moldeada para la ocasión. Tras el trámite de los saludos el máximo líder ocupó

su asiento, justo enfrente de su heredero al frente de partido. El corpulento sabía de sobra que el verdadero jefe era el hombre pequeño y con un gesto le ofreció de inmediato la palabra.

El máximo líder no se anduvo por las ramas.

2

Juan Reyes entró en el local con tan sólo cinco minutos de retraso. Sentado junto a la barra, con un whisky en su mano derecha lo esperaba su amigo y colega en actividades opacas al servicio del partido, Buenaventura Solares. Al verlo, éste se incorporó y avanzó un par de metros para recibirlo.

-Pareces estar congelado –le espetó al estrechar su mano.

-Ya sabes que lo paso mal con estas temperaturas. Además he venido caminando un buen trecho, sorteando los charcos helados.

-Una buena copa te reanimará –lo dijo mirando al barman que de inmediato sirvió una generosa medida del mismo whisky importado.

-Sentémonos -dijo Reyes, indicado con el índice una mesa provista de una pequeña lámpara, colocada bajo un enorme paisaje urbano de un Madrid sepia del siglo XIX.

Se despojaron de los abrigos que entregaron a un camarero y ya sentados chocaron sus copas en señal de buena suerte. Reyes suspiró, probó la bebida disfrutando su discurrir ardiente por la garganta, y enseguida anunció:

-Tenemos tarea.

Solares hizo lo propio pero cambiando el orden, primero bebió y luego suspiró. Permaneció en silencio con un gesto expectante.

-Los de arriba necesitan un documento. Al parecer es vital para derribar al gobierno. Se trata de un acuerdo con los terroristas. Al menos eso creemos.

-¿Creemos o creen?

-Bueno, Solares, si lo creen los jefes lo creemos nosotros –abrió los brazos como para reforzar lo evidente.

-Disculpa hombre, era sólo un matiz.

-Un matiz que me toca los cojones, Solares.

Entonces Reyes apuró la copa, como para combatir su enojo, mientras su amigo en un rápido giro pidió otras dos entregas.

-Lo cierto es que no sabemos dónde para ese documento, pero hemos de dar con él. Imaginate la reacción de la opinión pública ante la prueba de una rendición del gobierno ante ETA, ¿puedes imaginarlo? Regresaríamos al gobierno por mucho años, tal vez para siempre.

-No será fácil, como buscar una aguja en un pajar. ¿Por donde empezar? Nadie circula con un documento así.

-Ese es el problema. Los de arriba se limitan a traspasarnos el marrón.

Los dos hombres, expolicías y miembros activos de los servicios de inteligencia, eran militantes de una estructura paralela, clandestina, del partido de la oposición, creada para trabajar en asuntos de cloacas, fuera de la ley. Reyes, de unos cincuenta años, era de grado

superior, un jefe dentro de la estructura, en tanto que Solares, no más de cuarenta años, era un trabajador de campo, un ejecutor.

-¿Sabemos algo más del documento? No sé...su antigüedad, su tamaño...

-Sólo sabemos que lleva como título "Operación Futuro". No debe tener más de tres meses.

Solares se encogió de hombros, un gesto que más que escepticismo era un modo de tic nervioso que mostraba en momentos de ansiedad. Y ese era uno de ellos. La información era excesivamente corta para sus necesidades.

-Deben tenerlo las dos partes. Una copia en poder del ministro del Interior. Eso es. Una copia en su poder y un original en la caja de caudales del presidente -avanzó Solares con la satisfacción de a quien se le ha ocurrido una primicia-. Los terroristas tendrán su original en Francia, a buen recaudo. Tal vez en la caja de seguridad de un banco, o custodiado en un santuario nacionalista vascofrancés, o por sus amigos catalanes. Son hipótesis.

-Son buenas suposiciones -aceptó Reyes-, si señor.

-Lo son. Pero otra cosa es meterle mano a los papeles, eso lo veo casi imposible A menos que...-Solares hizo una pausa, emitió un suspiro y se echó a la garganta una buena porción de alcohol- lo del santuario sería más fácil.

-Más fácil que entrar en los despachos del ministro y del presidente, eso está descartado, naturalmente.

-Juan, haremos lo de siempre, lo que podamos. De momento trabajemos con la hipótesis de que los terroristas lo tienen blindado en alguna parte, y nuestro trabajo consiste en saber dónde y cogerlo.

-¿Tenemos por dónde comenzar? -Reyes atacó la segunda copa.

-Sinceramente no lo sé. Pero tengo una idea. Conozco a un periodista de tres al cuarto, pariente cercano de un Hermón, es un judío nacido en San Sebastián. Trabajó en los medios de la ciudad hasta que se vino al diario de los socialistas como cronista de sucesos y por lo que leo sigue firmando crímenes, violaciones y robos. Es probable que necesite un incentivo: su gran reportaje. Sería algo así como su venganza a tantos años escribiendo chismes.

3

Llevaba tres años sumido en una especie de hastío que combatía con whisky importado de Escocia que degustaba en unos cuantos locales amigables y los fines de semana preferentemente en su propia casa, delante del televisor, dormitando hasta la madrugada. Lo peor fueron los primeros meses tras la última y definitiva crisis con su esposa, asaltado por oleadas de vértigo a la vida y una inclinación poderosa al resentimiento hacia el periódico y probablemente extensible hacia toda la población de Madrid. Amigos, psicólogos y otros colegas de profesión, trataban en vano de curarle con terapias de buena fe, pero su lucidez era, si no mucha, la suficiente como para haber renunciado por completo a hacer de sus desengaños un espectáculo depresivo. De modo que huía de las conversaciones tipo "mira que mal lo estoy pasando". Si rechazaba hacer de su vida un motivo de estudio psiquiátrico no era por desconsideración a sus amistades, por otra parte abundantes, era sencillamente porque

consideraba, vivamente, su experiencia, algo imposible de trasladar al ámbito de las palabras y menos aún de ser comprendida por sus prójimos a cabalidad. Sólo él podía medir y decidir el tamaño y la profundidad del terrible tedio que le embargaba, y nada más irritante para su inteligencia que la palabrería de los diagnósticos de que venía siendo objeto por aficionados a las películas de Woody Allen. Mientras viejas amistades procuraban aderezar su vida, él forcejeaba con ella, eso sí, sin mucha fuerza de voluntad. De modo que se encontraba fatigado, incapaz de revolverse en contra de si mismo y, al mismo tiempo o tal vez por ello, sin ganas de auxiliar su cansancio.

Estaba a punto de abandonar su mesa de trabajo, tras haber escrito una crónica de robos en cadena en la urbanización de Las Rozas cuando recibió la llamada. No reconoció la voz de quien le llamaba de manera que éste tuvo que identificarse:

-Soy Buenaventura Solares ¿me recuerdas Martín? Solares.

Martín Hermón tuvo que repasar a gran velocidad su cada vez más desgastado disco duro, hasta dar con Solares, primero su apellido, luego ponerle rostro.

-¿El de las partidas de petanca en la urbanización?

-Sí, si, el mismo Solares.

-Disculpa pero es que...tu voz por teléfono.

-Mira, estoy cerca de tu periódico y como desde que dejé la urbanización no te he vuelto a ver, me he dicho que con un poco de suerte podemos compartir una copa.

-Puede ser. Ahora mismo he cerrado mi crónica. Dime dónde estás.

Martín Hermón sabía que era judío pero no ejercía como tal, ni en lo religioso, ni en las costumbres, ni en la política. Para él su pertenencia étnica era un accidente, una casualidad, algo que nada tenía que ver con su vida concreta. Durante toda su vida apenas se había preocupado por saber algo de sus orígenes y carecía de un interés real por sumarse a la pequeña oleada de nuevos amigos de Israel, de la que formaban parte algunos de sus familiares. Era un judío perfectamente asimilado sin curiosidad por saber de dónde venía la familia, el origen de su sangre. Ni siquiera conservaba en su casa algún símbolo decorativo que lo delatara. Le educaron en la cultura y en los valores predominantes, en una especie de catolicismo formal sin compromiso alguno, en la línea de lo que era la conducta de su padre, un notario conservador de misa de domingo sin demasiadas convicciones. Estudió en un colegio de los padres escolapios, en la localidad navarra de Lecaroz, y allí terminó por asimilar un comportamiento de rituales católicos casi burocráticos y poco emocionantes. A la edad de cuarenta y siete años sólo era un cronista aburrido. Pero el mundo cambió para él el día en que mataron a su primo en una calle de San Sebastián. Le conmocionó tanto el hecho que sintió de pronto una necesidad vital de unirse a la familia, de buscar una identidad que nunca había tenido. Cuando vio a algunos de sus familiares prominentes rezar ante la tumba de su primo, tocados con la kipa, algo le removió las entrañas. Y fue así que durante los años siguientes, convivían en él el aburrimiento y una llamada, todavía lejana, a construir la identidad que nunca había tenido. A resultas de esto último recompuso sus relaciones con los familiares, uno de ellos alto cargo del partido socialista.

Solares le esperaba acomodado en una mesa para dos, en la parte más discreta del local. Cuando observó la entrada de Martín Hermón se levantó brevemente para reclamar su atención. Como no eran amigos, sólo conocidos de juego, se limitaron a estrecharse las manos sin demasiado entusiasmo.

-Afuera está helando, hoy también morirá alguien de hipotermia.

-Llevas los sucesos a todas partes –Solares esbozó una sonrisa de esas de dar confianza.

-No esperaba tu llamada. De hecho nunca la esperé. Pero, sí, está bien tomar una copa juntos –en ese instante un camarero decorado con lazo pajarita hizo la esperada pregunta: ¿Qué van a tomar? Pidieron sendos whiskys.

-¿Sigues escribiendo esas crónicas truculentas?

-Hombre, Solares, procuro evitar el sensacionalismo. Cuento lo que ocurre sin salpicar de sangre a los lectores.

-Sin embargo, debes estar saturado, siempre lo mismo ¿cuántos años llevas en esto? ¿quince?

-Alguno menos, pero muchos.

-Aburrido, muy aburrido.

Cuando Martín Hermón escuchó la palabra aburrido sintió una sacudida interior. Nadie le había dado en el clavo citando la palabra clave. Si señor, ese era el verdadero diagnóstico, se dijo.

-Hay mucha gente aburrida, muchas profesiones aburridas, el mundo es aburrido. ¿Qué puedo hacer? Y tú ¿no te aburres?

-La verdad es que no tengo tiempo. ¿Te haces una idea de cuál es mi trabajo?

-Nunca he pensado sobre ello ¿vendes cosas?, ya sabes, coches, libros, arte, utensilios de jardín... –Martín Hermón hizo la pregunta con un poco de sorna, haciendo ver que le importaba un carajo en qué trabajaba Solares.

-Soy detective. Bueno, una especie de detective. Busco cosas por encargo.

-Solares, hace mucho tiempo que no nos hemos visto desde el último juego en Somosaguas y no creo que este sea un encuentro apropiado para hablar de nuestras vidas.

-Pero es que yo te he citado para eso, para hablarte de lo que hago, para proponerte algo emocionante –se volvió, buscó al camarero y le hizo una señal para que sirviera otra ronda.

-En realidad no tengo mucho tiempo –reaccionó un Martín Hermón sorprendido.

-No puedo creer que tengas miedo, en tu profesión de cronista debes tratar con policías, guardias, detectives y personal de seguridad. En realidad yo soy uno más, sólo que me ocupo de asuntos más interesantes. Si me permites, te haré una pregunta ¿Has perdonado a los asesinos de tu primo?

-No veo por qué deba hacerlo. No me consta que ellos hayan pedido perdón.

-Luego, supongo que para ti debe ser inaceptable un acuerdo del gobierno con los terroristas, sin vencedores ni vencidos, dicen.

Martín Hermón tomó un tragó, se pasó una servilleta sobre la comisura de los labios, la dobló cuidadosamente como para darse tiempo antes de decir:

-No veo a dónde nos lleva esta conversación. No vine para hablar de estas cosas.

-Cierto. Viniste para tomar una copa. Pero admite que te interesa el tema. ¿A quién no le interesa si es la comidilla de toda reunión? Así es, Martín, el gobierno tiene un acuerdo con los terroristas para cerrar su lucha a cambio de concesiones dolorosas.

-No lo creo. Me permito decirte que el gobierno no actuará fuera de la constitución. Si lo sabré yo que trabajo en el diario que le brinda su apoyo.

-Si es así ¿por qué ha firmado un documento con los terroristas?

-¿Lo has visto? ¿quién lo ha visto? ¡Eso es un burdo invento de la oposición!

-Pero, ¿y si existiera?

-No existe.

-Martín, imagina sólo por un momento la hipótesis de que existe. ¿No vale la pena considerar esa posibilidad?

-Es absurdo. Algo así llevaría al gobierno al suicidio.

-Siempre que se publique. El documento no existe ni existirá mientras no vea la luz.

-Pero, hombre, en qué cabeza cabe que el gobierno vaya a tomar semejante riesgo.

-El presidente se lo está jugando todo a una carta. Necesita la paz en el País Vasco, a cualquier precio, y los terroristas le han puesto una sola condición: los acuerdos por escrito. Esa es su penitencia.

Ambos hombres vaciaron sus copas. Durante unos segundos permanecieron en silencio como si necesitaran un pequeño descanso tras un asalto cuerpo a cuerpo. Luego Martín Hermón dijo:

-En todo caso ¿por qué me lo cuentas a mí?

-Hombre, tu eres periodista. Un cronista que debe estar harto de firmar cosas menores. Pienso que algún vez querrás una exclusiva, algo que te coloque donde te mereces y de paso sea tu venganza.

-¿De quién he de vengarme, si puede saberse?

-De todos los que no te han dado una oportunidad de hacer periodismo de verdad.

-Creo que vas demasiado lejos. Sabes que simpatizo y voto a los socialistas. Trabajo en su periódico. Un primo mío es alto dirigente del partido, ahora con responsabilidades de Estado. Mi currículo no encaja en tu propuesta. Búscate a otro.

-Por eso te he llamado, puedes sonsacarle algo a tu primo. Él tiene una posición clara contra el terrorismo.

La conversación tocaba a su fin. Solares entendió que no era el momento de insistir.

-Está bien Martín, sólo he querido ayudarte -dijo estas últimas palabras al tiempo que extraía de su cartera una tarjeta personal-. En este tiempo estoy trabajando para la oposición, como ya habrás observado. Son los negocios. Si lo deseas me llamas, a cualquier hora -le tendió su mano y buscó la puerta de salida.

4

Los dos Legionarios de Cristo degustaban un café americano en el despacho de uno de ellos. En un lugar visible, encima de una alargada mesa repleta de papeles, junto a una pequeña fotografía enmarcada, un ejemplar del Antiguo Testamento forrado en piel cara, mostraba las creencias religiosas del que parecía más joven y llevaba la voz cantante. Estaban al corriente de las operaciones de Reyes. Pero ambos eran escépticos en cuanto a la real existencia del famoso

documento. No daban margen a que el presidente de gobierno pudiera cometer la torpeza de poner por escrito un acuerdo de paz con la banda terrorista. Pero sabían que de ninguna manera estaban en condiciones de contradecir las suposiciones de su máximo líder, de modo que se veían obligados a jugar la carta de Reyes y sus pesquisas, al menos durante un tiempo prudencial hasta que, razonablemente, el máximo líder cambiara de opinión.

-No hay documento alguno. Existen conversaciones en varios niveles y eso si es peligroso porque es real –dijo el que parecía más joven-. El problema no es lo que el gobierno pueda ceder, que no será mucho con la presión que tiene. La amenaza real es que logre el desarme de los etarras, lo que nos enterraría políticamente para mucho tiempo.

-Tienes razón. ETA está vencida políticamente, jamás volverá a tener el perfil que llegó a tener en los años ochenta cuando se proponía como vanguardia de liberación vasca. Pero necesitamos humillarla y un acuerdo de paz conducido por los socialistas no contempla este principio.

-En verdad este es el asunto. Lo del documento no es verosímil, pero como tenemos a un líder desquiciado cualquiera le lleva la contraria. Esos viajes en los que anda metido le están haciendo perder el norte. No sé con quién habla en sus excursiones pero lo veo desubicado, diciendo chorradas como esa de que él puede acabar con el populismo en América Latina. No, no está del todo bien.

-Lo más práctico sería que ETA actuara sin contemplaciones. Eso dejaría sin habla al gobierno, a su partido y a todo ese coro de vascos y catalanes que tiene detrás –el más joven sorbió del café y depositó la taza de porcelana con sumo cuidado, casi con minuciosidad.

-Me pregunto que dirá el lehendakari. Desde que lo sacaron del País Vasco apenas ha levantado la cabeza. Sería bueno que regresase a los Maitines. Sigue siendo una autoridad moral, una voz a respetar, incluso por el de más arriba. Yo puedo hablar con él, persuadirlo de que hemos de hacer algo. El de más arriba no deja de pensar en un documento y su heredero, con su manía de centrarse, no tiene agallas.

-¿Crees que el lehendakari estará por hacer algo práctico? Ya sabes...

Los dos legionarios, núcleo duro del partido de oposición han servido fielmente al que llaman lehendakari, quien conserva sobre ellos un ascendente inigualable. Confían en él más que en ningún otro. No olvidan que a finales de 1999 cuando su presidente de gobierno ordenó reunirse en Zurich con los terroristas y utilizaba en público las palabras "organización" y "movimiento de liberación nacional vasco", el llamado lehendakari se opuso vivamente y llegó a cuestionar con dureza la nueva estrategia en la cúpula misma del partido. El tiempo dio la razón al lehendakari que había calificado la tregua de ETA como *trampa*, algo que los propios terroristas reconocerían tiempo después mediante un comunicado. Claro que los dos sabían que el lehendakari había jugado su juego, discretamente, para cortocircuitar el progreso de los canales abiertos con los terroristas. Los problemas del lehendakari vinieron con sus derrotas electorales, la última de las cuales lo dejó fulminado. Pero para los legionarios esas derrotas eran puras anécdotas, dotados de una cultura conspirativa que opacaba sus creencias democráticas.

-Se lo preguntaremos, con sutileza.

Martín Hermón comenzó a pensar en la venganza. No era un mal plato para combatir el aburrimiento. O tal vez lo que Solares había llamado aburrimiento era algo peor, un estado de permanente amargura, de resentimiento. Pero ¿vengarse de qué, de quién? Con los codos apoyados en su mesa de trabajo podía ver en la pantalla de su PC su crónica aún no terminada a la que había titulado "Roban una joyería mediante el procedimiento del butrón". El relato comenzaba explicando los hechos, para luego detenerse en la habilidad de los ladrones que limpiamente habían logrado deslizarse al interior del establecimiento desde el piso superior, al parecer alquilado por ellos mismos. Con los codos en la mesa, el periodista tenía la mente lejos de su propio relato, concentrado en dotar de sentido a la idea de venganza que, furtivamente, sin casi enterarse, se había instalado en su cerebro.

Recordó su ingreso en el periódico. Llegó a Madrid con la esperanza de hacer una buena carrera profesional, tras años difíciles en una ciudad como San Sebastián, donde todo el mundo puede conocerte a nada que se proponga y había tenido que soportar insultos y leves asaltos a su vehículo. Así que la propuesta de instalarse en el diario más prestigioso del país, aunque fuera cubriendo la única plaza que por aquel momento se encontraba libre, la vivió como una oportunidad para su profesión y para una nueva vida. Sin embargo, año tras año, fue viendo como las plazas de la sección de política que tanto le apetecía eran cubiertas por gentes recién llegadas, sin que nadie se dirigiera a él con una explicación o una disculpa. Así quince años. Meditando sobre ello no le fue difícil sentir que debía vengarse de los que lo habían marginado, de su propio pasado malgastado en una vida rutinaria, gris, sin objetivos. Se dijo a sí mismo que el presente no es sino un punto efímero que aparece y desaparece al mismo tiempo, ya que cada segundo transcurrido queda atrás y todo lo que sucede en cada momento es el pasado que se abalanza y se proyecta al futuro. El pasado está fundido de tal manera en el presente que este último no es el resultado de aquél sino aquél mismo. Pensar en ello lo asustó. ¿Cómo podría resistir un futuro idéntico, calcado a los quince años transcurridos? Se volvería loco. Pasaría del aburrimiento a la locura. Lo que Solares le proponía era una oportunidad de corregir el pasado evitando que se precipitara en el futuro tal cual había sido. El futuro podría ser de otra manera, algo más amable y sobre todo apasionante. Vengarse del pasado era una forma razonable de reconocer que había sido un iluso al creer en personas y proyectos que le habían dado la espalda, y en consecuencia era un modo de redimirse. Era como cerrar el círculo y quemar todo lo que pudiera caber en él. La venganza le daría la oportunidad de vivir otra vez, algo que ni los consejos de sus amigos, ni la buena voluntad de su ex mujer María Teresa, conseguirían jamás.

Pasó un buen rato así, casi disfrutando de sus propios pensamientos. Entonces tomó conciencia de que esperaban su crónica y tecleó hasta terminarla. Luego, buscó en su billetera y leyó la tarjeta personal de Buenaventura Solares, Agente de Seguros decía debajo de su nombre. Fue entonces que pensó en su primo, otro Hermón, con responsabilidades de estado. Y marcó su número de teléfono. Poco después salió a la calle, aspiró el aire frío de la noche y se dispuso a caminar por la ciudad. Tomó una calle poblada de farolas amarillas que daban una luz tenue, casi fantasmal.

Martín Hermón se movía de acuerdo con su propio plano de la ciudad. Una cartografía que clasificaba lugares y que había dibujado años atrás desde la experiencia, con la esperanza de que esos espacios distintos de los demás pudieran otorgarle pequeños pero sustantivos estímulos. Algunos de los lugares eran evocaciones de sus primeras semanas en Madrid, cuando todo le parecía grandioso, y que almacenaba no tanto en una memoria fiel como en una reconstrucción imaginada de la ciudad y de ciertos hechos. Su paisaje de la ciudad lo había levantado a base de líneas de añoranza, comprendía los rincones amorosos, unos cuantos antes de que comenzara a salir formalmente con María Teresa, una madrileña a la que conoció en una fiesta de cumpleaños de una compañera del periódico. Esos espacios cargados de sentido, un café solitario con mesas de mármol y un camarero viejo, un banco blanco ajado, un parque con flores y agua cayendo desde una roca, un pasaje estrecho y empedrado de adoquines y silencios, otro café en el que se almacenan voces y ecos, la fachada de alabastro de un teatro, una determinada esquina en la que todavía era posible mirar, eran la ciudad hecha a la medida de sus necesidades. Lo demás no eran sino trayectos, lugares de paso obligado de casa al periódico y vuelta, muros de piedra, verjas, desfiladeros de torres de más de veinte pisos, que dejaban escapar luces pálidas, multitudes sin cara que le aprisionaban, absurdo movimiento enlatado, un ruido monótono. Su propio mapa de la ciudad le era tan imprescindible como el respirar. De acuerdo con una ordenación simbólica llevaba unos cuantos años moviéndome por las calles y bulevares en los tiempos libres a la búsqueda de indicios positivos, de señales confidenciales que le dijeran que todo cuanto le había ocurrido en los últimos tiempos era una mala pesadilla y que los buenos momentos estaban próximos a llegar. Sin embargo todo cuanto recogían su inteligencia y sus sentidos apuntaban en la dirección contraria: todo, absolutamente todo le aburría hasta la saciedad.

6

El lehendakari estaba contento, casi eufórico esa mañana de jueves. Faltaban tan solo horas para que diera inicio la Convención del partido y sabía que en el evento de más tres mil personas sería objeto de abrazos, manos cálidas, palmadas en la espalda, besos, elogios, frases de agradecimiento, e imaginar todo lo que estaba por venir le daba el ánimo que necesitaba para superar la crisis, su crisis, que lo había desplazado del núcleo dirigente del partido. Con ademanes precisos y pulcramente vestido ordenaba su mesa poblada de dossieres, cuando escuchó dos golpecitos en la puerta de su despacho.

-¡Adelante! –su voz de tenor sonó firme.

Entraron los dos legionarios. De mediana estatura, uno de ellos era portador de un rostro moreno, duro, imperturbable, de esos rostros que no saben reír y parecen estar instalados en una permanente mueca agría. El otro, el que parecía más joven mostraba en sus pómulos un tono rojizo, propio de los bebedores, pero su cara era más atractiva y alegre, más dispuesta a un gesto de simpatía. Ambos eran amigos, militantes del mismo partido pero sobre todo correligionarios de una secta religiosa, prima hermana de los neconservadores norteamericanos y cada vez más próxima al sionismo. Estaban entrando en el despacho del lehendakari necesitados de oír su palabra y, sobre todo, de conocer sus planes. El lehendakari se irguió y caminó hasta el centro de la sala donde regaló un amago de abrazo a cada legionario, acompañado de un ¿Qué tal estás? Luego les hizo un gesto para que tomaran

asiento en un alargado sofá color burdeos y él hizo lo propio en un sillón del mismo color y al instante entró una sirvienta con un carrito portador de una cafetera, un recipiente con leche, varios trozos de bizcocho y terrones de azúcar. El lehendakari le dio las gracias y la joven salió diligente por donde había venido. ¿Un café? preguntó el anfitrión. Los otros dos asintieron.

-Vosotros diréis, que os trae por aquí.

-Nos trae la preocupación –dijo el que parecía más viejo-. La misma que debes tener tú.

En ese momento llamaron a la puerta y entró un joven con un papel doblado en la mano que entregó al lehendakari. Éste hizo un leve gesto para que el joven esperara, desdobló el folio y leyó, tras lo cual se dirigió suavemente al mensajero: "Dile que de acuerdo". Estiró las piernas, tomó un sorbo de café, se limpió la barba con una servilleta azul adornada con el anagrama del partido y respondió a sus amigos:

-Sí, tenemos motivos para estar todos preocupados, no es para menos cuando están fragmentando España. Os diré algo: lo que estamos viviendo es sólo el comienzo, apenas los primeros forcejeos con los nacionalistas, en unos años el debate estará centrado en la configuración de una España federal, suma de naciones y síntesis de un acuerdo con los nacionalistas que pasarán a tener en sus manos nada menos que competencias blindadas dañinas para la soberanía de España. Y, ojo, no hay que descartar la independencia vasca, aunque no la veo tan probable –acercó de nuevo la taza a los labios y sorbió con exquisito cuidado.

-El gran jefe está persuadido que el gobierno tiene un acuerdo con ETA, plasmado en un documento, ¿no te parece increíble? –el más joven hablaba al tiempo que se alisaba la corbata, manteniendo una pierna cruzada sobre la otra, exhibiendo cierta comodidad como contertulio-. Personalmente no creo que el presidente del gobierno sea tan imprudente.

El lehendakari aspiró aire con la nariz como si le molestara algún olor que los otros dos no percibían, y afirmó:

-La política está llena de imprudencias. Hay que reconocer que el gobierno es cautivo de su propio discurso y necesita resultados. Las palabras del presidente dan a entender que tiene algo entre manos. De lo contrario se estaría colocando la soga en el cuello. Nuestro deber es saber qué puede tener entre manos, ¿un acuerdo con la banda terrorista? Puede ser. Un acuerdo puesto por escrito ¿por qué no? –hizo un gesto con la mano izquierda para dar a entender que no le interrumpieran, tomó un poco de café y agregó-: Puede haber un documento que el gobierno no considera peligroso pero que nosotros podríamos explotarlo al máximo como prueba de una connivencia. Todo depende de quién tome la iniciativa. Si el presidente de gobierno lo hace público podrá dar una explicación lógica al servicio del objetivo de acabar con el terrorismo. Pero si somos nosotros quienes descubrimos el documento y lo entregamos a la opinión pública antes que lo haga el gobierno, ¿cuál será el resultado? Desvelaremos un secreto, un acuerdo clandestino con el terrorismo, y eso será el fin del gobierno.

El legionario más viejo mostró entonces un gesto de disgusto. Su rostro convertido en mueca revelaba que no estaba convencido de lo que acaba de oír.

-Un acuerdo político con los terroristas parece algo excesivamente ingenuo, como creer que el adversario es imbécil...

-Hay acuerdos y acuerdos -le interrumpió el lehendakari-. No creo que haya un texto acordado que contenga concesiones políticas. Pero estoy persuadido que es perfectamente posible uno que asegure hasta las elecciones de 2008 un proceso de paz. Pensar en un acuerdo que incluya gestos que permita a Batasuna presentarse en las elecciones municipales de 2007, la formación de una mesa de partidos y, a cambio, una tregua indefinida de ETA que permita a los socialistas presentarse a las elecciones con un activo político que sólo ellos podrían culminar en una nueva legislatura presentada como la del fin de la banda. ¿Os dais cuenta que un acuerdo así sólo será una amenaza para el gobierno si lo descubrimos nosotros? Sé cómo funcionan las cosas en los meandros subterráneos de la política, y no dejo de pensar que si el presidente del gobierno se permite el lujo de subir a la tribuna del congreso a decir lo que dice es porque tiene un as en la manga. Nuestra obligación es exprimir todas las posibilidades.

-¿Lo que tú piensas, lo que acabas de decir, es lo que piensa el gran jefe? -dijo el legionario más joven-.

-Amigo míos... -hizo una pausa, se acarició la barba unos instantes y luego dijo con aire de solemnidad-: ¿De dónde creéis que lo ha sacado?

Se hizo un silencio de segundos que a los dos legionarios les pareció largo, incómodo. El legionario viejo se movió ostentosamente en el sofá antes de decir:

-Sin embargo, me parece arriesgado confiarlo todo a la localización de un documento que no sabemos a ciencia cierta si existe y mucho menos dónde se encuentra. Claro que Reyes y su gente están en el asunto, pero me parece insuficiente.

-Todo es complementario, amigos míos. No se trata de restar sino de sumar. Que Reyes siga con lo suyo. Yo sigo teniendo otros recursos para mover pieza. Desde que fui ministro nunca he dejado de tener mis piezas moviéndose en el tablero. Necesitamos que ETA actúe.

Los dos legionarios, como si estuvieran coordinados, hicieron un gesto de relajación y asintieron con un leve movimiento de cabeza. El lehendakari consultó su rolex y se puso en pie dando por terminada la entrevista. Los otros le imitaron. El más joven le pasó la mano por la espalda en señal de agradecimiento, en tanto que el más viejo, siempre con rostro grave le dedicó un elogio medido: Nos veremos en la Convención, aunque allí estarás muy solicitado. Estaban ya junto a la puerta cuando el lehendakari dijo: Decirles a Reyes que su hombre en el operativo esté dentro de siete días en el hotel Txingudi de Irún. Le puedo ayudar.

Una vez solo, se aproximó a la gran ventana que como un formidable observatorio elevado a la altura de doce pisos, le permitía obtener una visión amplia de la ciudad, dominándola. Disfrutaba con esa vista que lo hacía creerse dueño de un trozo de mundo. Allá abajo transcurría la vida a ras de suelo. Desde la torre que parecía flotar se sentía parte de una vida superior, a la par del horizonte. El reloj de oro colgado de la pared dio las once de la mañana y las campanadas le advirtieron que era hora de afrontar sus muchos quehaceres de ese día.

7

Encontró a su primo en la sinagoga, tal y como habían quedado. Desde el asesinato de su hermano en una calle céntrica de San Sebastián, su primo, antaño dirigente comunista y siempre desde su uso de razón alejado de las prácticas religiosas, era otra persona. Algo muy profundo había ocurrido en su vida interior para llegar a convertirse en feligrés de la sinagoga

más importante de la ciudad a la que acudía invariablemente en *sábado*. Ese movimiento telúrico espiritual era interpretado por Martín Hermón como una reacción de su primo frente a la soledad en que lo había dejado su hermano con el que estaba muy unido. Los rezos, el ambiente sereno, incluso el hecho de colocarse la kipa en el interior del templo, parecían darle la calma y entereza que tanto necesitaba para combatir una rabia que amenazaba con ser crónica. Se dieron la mano a la salida, justo bajo el arco de entrada en cuyo centro luce la estrella de David.

-¿Qué tal Martín? Bastante tiempo sin vernos.

-Hola primo.

-No te dejas ver por la sinagoga.

-Muchas veces me prometo venir, pero siempre me surge algo que me lo impide. He de reconocer que hay algo que me atrae, no sé, la idea de tranquilidad, de sosiego, de consuelo. En su funeral el rito hebraico me impresionó favorablemente. Fue como un descubrimiento. Ya sabes que mi padre, a diferencia del tuyo, nunca nos inculcó la identidad judía, en nuestra casa no se leía la Haggada las noches de Pascua. Al principio, tras el asesinato de Fabián, me interesé por la Torah, la leí y estudié, e hice algunas visitas a una sinagoga de Moncloa. Reconozco que me hizo bien. Me tranquilizó y me sentí alguien importante; parte de un pueblo como nunca antes me había sentido. Pero curiosamente tras mi separación, cuando más necesitaba de paz espiritual elegí un camino que ya es un tópico, el del whisky. Whisky escocés, no sé si la nacionalidad tiene algún significado. Llevo tres años sin ir a una sinagoga. Estoy hecho polvo, primo.

-Siempre se puede cambiar. Mírame a mí. ¿Me has visto con la kipa? A mí que fui un comunista de los ortodoxos, ateo, y que en el partido socialista he defendido siempre la laicidad. Es verdad que suceden cosas en la vida que no son fácilmente explicables. Es como si por las regiones del alma, lentamente, se fueran condimentando sentimientos ajenos a la razón que terminan por moldearla. Ahora soy judío practicante, racional y sentimental a la vez. ¿Puedes creerlo? -se despojó cuidadosamente de la kipa negra, con veneración. La dobló y la introdujo en uno de los bolsillos del abrigo. Luego añadió:- Dime, Martín, ¿de qué se trata?

-Demos un paseo. Me hará bien el frío del atardecer. Ya la noche está cayendo deprisa. Añoro la primavera. La primavera en San Sebastián es una delicia. Primo, muchas veces en sueños me veo paseando por el paseo de La Concha y cuando llego ante la escultura de Chillida, siento los chorros de aire contra mi cuerpo y me despierto. El mar, es lo que más recuerdo, el mar embravecido. Reconozco que me gusta Madrid, son ya quince años, pero aquí no hay mar, esa inmensidad azul o verde que nos recuerda la eternidad, siempre las olas rodando impasibles sobre la playa. Disculpa primo, te diré de que se trata.

Martín Hermón iba tan concentrado al lado de su primo que ni siquiera había deparado en los dos guardaespaldas que cuidaban de su integridad. Eran dos hombres de mediana edad, espigados, tan profesionales que eran invisibles.

-Me han confiado una información. Se trata de la lucha antiterrorista.

-Comprendo.

-Quiero preguntarte algo.

-Puedes confiar en mí.

-¿Dirías que es posible que exista un documento que establezca bases para la paz en el País Vasco?

-¡Por qué no! Es perfectamente factible.

Martín Hermón tomó del brazo a su primo, haciéndole girar el cuerpo hasta tenerlo de frente:

-Quiero decir un documento acordado por las dos partes, por el gobierno y por ETA.

-Tu información está contaminada. Es una gilipollez.

-Yo estoy por pensar lo mismo, pero...¿y si fuera cierto?

-No es cierto.

-¿Me lo puedes asegurar?

-Eso no. No olvides que de un tiempo a esta parte no soy persona de confianza de la dirección del partido, y menos aún del gobierno. Mi posición contra el terrorismo es más firme, yo diría que más próxima a la de la oposición. Pero de ahí a pensar que el presidente tiene un acuerdo con los terroristas, nada menos que puesto por escrito...no, no puede ser, y además no es -dio unos pasos y enseguida se giró hasta colocarse frente a Martín Hermón- ¿no será que me has llamado para que te confirme semejante bulo?

-Hombre, no, te he llamado para compartir una información, nada más. De todos modos sería preocupante un acuerdo con concesiones.

-Ya es preocupante un acuerdo, cualquiera que sea. Pero hay vías menos novelescas para impedirlo. Basta con que los jueces actúen. Todo dentro de la ley, sin operaciones secretas como la búsqueda de un documento que no existe. Sin embargo, te diré algo, Martín, ni tú ni yo ni nadie de nuestra familia ha de hacer nada, la oposición domina la judicatura y se basta para abortar un desenlace no deseado.

Martín Hermón pareció quedar moralmente tocado por la sabiduría de su primo. Su trayectoria política era rica, cargada de hechos y experiencias, y su puesto actual le daba aún mayor aureola, una credibilidad difícil de rebatir.

-Seguramente tienes razón, como siempre. Lo pensaré detenidamente.

-Sabes Martín, yo también hecho de menos el mar, la visión de la bahía con sus barcas bailando sobre el agua, el vuelo atarantado de las gaviotas, sentarme en una mesita en el puerto para tomar un aperitivo, visitar las cafeterías de la Avenida al atardecer...siento que la vida no me ha tratado bien. Me quitaron a mi hermano y me hurtaron la ciudad. Nada me gustaría más que derrotarlos y poder volver libre a nuestra ciudad, aunque, sin Fabián, nunca será la misma ciudad.

Se despidieron volcando sentimientos y deseándose buena suerte. Enseguida su primo entró en un Mercedes negro seguido de sus escoltas. Martín Hermón eligió caminar por la larga calle desierta y desangelada; en unos cincuenta minutos estaría en su casa. Y tenía mucho en que pensar.

8

Las reflexiones que le hiciera su primo horas antes, tan llenas de firmeza, le habían afectado. En realidad esperaba otras respuestas que le dieran luz verde para hacer lo que realmente deseaba: investigar. A fin de cuentas nada tenía que perder y, en cambio, sería un modo de regresar a un oficio que había conocido una vez, con apenas treinta años, cuando aún podía moverse por San Sebastián con cierta seguridad para su persona y su periódico le encomendó

descubrir una trama de narcotráfico. Había decidido pedir un permiso sin sueldo para descansar en alguna zona turística, algo perfectamente justificado en su caso, pues todo el personal del periódico era conocedor de su estado de permanente cansancio, "tiene depresión" era el diagnóstico de algunos compañeros de trabajo. Pero su primo, un gran hombre lleno de sapiencia, le había puesto las cosas muy claras: era impensable que el presidente del gobierno estuviera metido en un embrollo que lo atara a la banda terrorista.

Desde la ventana de su apartamento apreciaba la caída de una discreta lluvia muy fina, como esa que cae lenta y resultar preceder a la nieve. Había encendido la chimenea de ladrillo y piedra y el ambiente caldeado daba a su hogar todo lo que se necesita para sentirse bien, al abrigo de la intemperie. Tenía un vaso de whisky seco en la mano derecha, lo que le daba aún más seguridad. Le vino a la mente la figura de Buenaventura Solares, un tipo simpático, compañero en el juego de petanca durante tres o más años, pero que ahora lo reconocía extraño pues lo cierto es que nadie sabía a que se dedicaba exactamente. Aparecía los sábados al mediodía en el campo de la urbanización como un empleado de oficina o funcionario más, invariablemente embutido en un chandal azul marino, jugaba, compartía el consiguiente aperitivo y después se iba. En ocasiones, en las mañanas de domingo, lo encontraba paseando por los alrededores o simplemente leyendo el ABC sentado en un banco del pequeño parque. Él le propuso vengarse de su propio pasado, ese que lo había abandonado en el ostracismo condenándole de por vida a ser un triste cronista de sucesos. Por el contrario podía ver cómo gente sin apenas recorrido en la profesión se encaramaba en puestos más relevantes, y otros fichaban como tertulianos para hablar de todo sin saber apenas de nada, asegurándose un cheque mensual. Ciertas venganzas redimen, se dijo mientras observaba el paso rápido de algunos transeúntes por la calle mal iluminada. Vengarse está mal visto en una sociedad movida por millones de venganzas de todos los tamaños. Hay una moral que no reconoce su propia conducta inmoral; si lo hiciera devendría el caos en los comportamientos y con él la derrota de la ley. Por otra parte si se reconociera en la venganza un acto legítimo se estaría alimentando toda suerte de violencias. Pero esa es una de las pocas verdades que no admiten refutación. Tampoco para Martín Hermón todas las venganzas eran igualmente buenas. Una venganza buena es aquella que permite ajustar cuentas con un mundo en el que nada está en su sitio. Basta con salvarse uno mismo rescatando la dignidad que nos ha sido robada; salva tu decencia, podría ser su lema.

Lo cierto es que le apetecía la idea de ausentarse de la redacción del periódico, una nave impersonal, cada vez más poblada por jóvenes becarios, de ambiente poco humano, distante de lo que fue hace quince años cuando llegó cargado de ilusiones profesionales. Desaparecer por unas semanas y zambullirse en el mundo de la conspiración política, bien pagado, y con mucho que ganar en cuanto a emociones. Por fin estaba en condiciones de combatir el aburrimiento, la desgana, el hastío, y de sacudirse ese halo de compasión que lo rodeaba y que le hacía vulnerable ante sus compañeros de trabajo, amistades y familiares. Si el encargo era resuelto satisfactoriamente pasaría a ser otro Martín Hermón, el que debía haber sido desde hace ya años.

Miró al reloj y se dijo que no era tarde, apenas las 23,30 de un sábado. Recordó sus palabras "si lo deseas me llamas, a cualquier hora". Buscó la tarjeta en su billetera y eligió el número móvil. Marcó y espero, apenas un rato.

-Sí dígame -la voz sonaba con un telón de fondo formado por muchas otras voces, lo que daba idea de que Buenaventura Solares se encontraba en un lugar público.

-Aquí Martín Hermón.

-Magnífico.

-¿Cuándo nos podemos ver?

-¿Te parece bien dentro de media hora? ¿Puedo ir a buscarte, dónde te encuentras?

-Yo, esto, no había pensado que fuera ahora mismo.

-Te vendrá bien salir un poco, estamos a sábado y la noche es larga.

-Si te parece...puedo tomar un taxi. Estoy en mi apartamento de Madrid, el chalet de la urbanización se lo quedó mi mujer, de todos modos con este tiempo no hubiera ido. ¿A que dirección he de ir?

- Es un local singular, el Centro Cubano. Se encuentra en la calle Claudio Coello ¿conoces la calle?

-¡Claro! Junto a la Dirección Nacional de Seguridad. Estaré en media hora.

-Estupendo. Te espero -Solares dio por terminada la conversación, introdujo su móvil en un bolsillo interior de su americana y se dispuso a localizar una buena mesa, discreta, en el amplio local.

Martín Hermón observó de nuevo el exterior. Había cesado de llover, pero ahora caían muy lentamente diminutas gotitas blancas.

El taxi le dejó junto al portal de entrada al Centro Cubano. Comprobó que eran las 24,20. Subió al primer piso por indicación del taxista. Un letrero visible indicaba la puerta de vidrio blindado que daba entrada a la cafetería y restaurante. Nada más hacerlo se fijó en que las paredes estaban cubiertas de paisajes urbanos de La Habana en fotografías de blanco y negro, y también con algunos retratos de personajes, uno muy grande de Jorge Mas Canosa magnate ya fallecido en Florida, otros más pequeños del exdictador Fulgencio Batista, de un tal Valladares y de la escritora Zoe Valdés, otros de cantantes actuando entre los que destacaban Celia Cruz, Benny Moré y Dámaso Pérez Prado. Además pudo ver estandartes militares, una gran bandera nacional de Cuba, candelabros de bronce, lámparas antiguas de velas de cera, varios sillones tapizados de morado, camareros de avanzada edad, y gente, mucha gente en la barra y en las mesas. Se dio cuenta que la atmósfera olía a culto a héroes del pasado. Había avanzado hacia el centro del local y sintió que una mano lo tomaba del brazo derecho al tiempo que le dijo: "Me alegro de verte. Lo cierto es que tu llamada ha sido providencial. Tenía idea de llamarte mañana mismo. Hay novedades". Siempre tomando su brazo le dirigió hacia la mesa que tenía reservada y aun no se habían sentado cuando pidió a uno de los camareros "Alicio, que sean dos whiskys".

-Son un poco lentos como puedes ver por sus edades, así que si puedes hay que pedirles desde la calle para ganar tiempo, ja, ja, ja.

Martín Hermón, sin dejar de prestar atención a Solares seguía centrando su mirada en la decoración y en la gente, y todo lo que veía se le antojaba ajeno a la modernidad de Madrid. Sin embargo, la música de fondo, si le gustaba, la sintió cálida.

-Aquí se conspira en cada mesa –dijo Solares-. Por eso vengo de vez en cuando, me gusta el ambiente.

-Desde luego es un sitio singular –respondió Martín Hermón-. Nunca pensé que en Madrid existiera un ambiente así. ¿Conspirar? ¿Contra Fidel Castro?

-Hombre Martín, toda esta gente sueña con volver a Cuba, recuperar sus casas, sus bienes. ¿Contra quién van a conspirar?

-Ya, claro, vaya pregunta la mía.

El camarero, de tez blanca poblada de manchitas de viejo, sirvió los dos whiskys en vasos largos, colocando al lado un pequeño recipiente con cubitos de hielo. ¿Así está bien? Preguntó, y sin esperar respuesta hizo un giro arrastrando los zapatos sobre un suelo de madera brillante.

-De modo que hay novedades. ¿Caso resuelto?

-De ninguna manera, nadie ha dado con el dichoso documento. La novedad no es otra que necesitamos a un hombre en la frontera en cuatro días. Pero, tú me has llamado, ¿debe ser importante?

-Es para decirte que sí, que acepto el trabajo.

-Esto merece un buen trago –Solares levantó el vaso, Martín Hermón hizo lo propio sin aspavientos y ambos tomaron una buena porción de la bebida.

-Quiero que sepas que la hipótesis del documento me parece poco sólida. No creo que haya un gobierno, del signo que sea, que haga algo así. Pero me atrae la idea de dejar la redacción por unas semanas y volver a la investigación. Puede que buscando un documento encuentre otras cosas tangibles que sirvan para mi causa.

-¿La de matar el aburrimiento o la de vengarte?

-Las dos son mi causa.

-Mira, lo del documento parece que es serio. A mí no me cuentan los detalles, pero me dicen que el gobierno y los terroristas han pactado un proceso, unos procedimientos y unos compromisos, algo en todo caso turbio.

- No tengo ni idea de por dónde debo empezar. Tendrás que orientarme.

-Te lo he dicho: necesitamos un hombre en la frontera, situado en Irún, en cuatro días. Una vez allí recibirás instrucciones o puede que una visita. Debes alojarte en el hotel Txingudi, lo haces como agente comercial, ya sabes...algo corriente.

-Y cómo sabré a quién o a qué esperar.

-Todo está previsto. Te inscribes el jueves próximo a primera hora de la tarde. Solicitas un par de noches, luego se verá.

-O sea que yo allí, a esperar.

-Eso es. Puedes salir del hotel a la ciudad, como si estuvieras trabajando. Pero mantente alerta.

-¿Y tú?

-Cerca. Estaré cerca.

Al Centro Cubano había llegado más gente. El humo formaba una nubecilla extendida por toda la sala. En una mesa de al lado, un hombre alto despedía un espectacular tufo a brillantina barata, algo que parecía no molestar a la esbelta mulata con la que conversaba. Un hombre pequeño, casi enano, recorría las mesas con su cámara de fotos, ofreciendo sus servicios. Sonaba la voz de Gloria Stefan. En el centro del local un grupo de hombres y mujeres daban pasos de baile en medio de risas y comentarios estridentes.

-En ese caso he de moverme. Aunque no tendré problemas en la redacción, de hecho siento que soy un estorbo. Siempre tenemos jóvenes en prácticas que hacen el trabajo gratis. En sucesos hay dos chicas espabiladas que se bastan y sobran para hacer lo que hago: basura – Martín Hermón apuró el contenido del vaso hasta el final. Emitió un chasquido con la lengua e hizo una seña al viejo camarero para pedirle dos tragos más-. Este es un lugar único, si señor, yo diría que raro.

-¿Quieres comer algo?

-Es un poco tarde para eso.

-Unas pequeñas raciones para acompañar la bebida. Aquí sirven cerdo troceado como en La Bodeguita de La Habana vieja, realmente sabroso –sin esperar consentimiento Solares pidió de nuevo la presencia del camarero.

9

Desde que dejara la presidencia de gobierno el máximo líder no había acudido a ninguna reunión de Maitines. Ahora se presentaba de nuevo, una semana después y al día siguiente del fin de la gran Convención, y el nuevo presidente del partido, el hombre corpulento y barbudo, se mostraba algo nervioso, pues era consciente de que ello significaba un nuevo golpe jerárquico que lo colocaba por debajo de la autoridad del máximo líder. Salió del ascensor en la séptima planta, recorrió unos pocos metros y abrió la puerta de la sala en la que los otros cuatro hombres y dos mujeres departían, de pie, sobre lo sucedido en la Convención. Estaban de acuerdo en que se habían cumplido todos los objetivos de centrar el proyecto partidario, sin aflojar por ello la presión sobre el gobierno socialista. Una de las mujeres valoró como un buen acierto la oferta de un pacto antiterrorista a los socialistas, siempre y cuando se sustentara en las tesis y valores de la oposición. ¡Pacto! –exclamó el legionario joven- claro que sí, cuando seamos de nuevo gobierno, antes no.

-Buenos días –siseó el presidente del partido.

-Buenos días, presidente –respondieron algunas voces.

-¡Muy bien presidente! –una de las mujeres le alargó la mano que él apretó efusivamente-. Has estado magnífico en la Convención. La gente se fue entusiasmada.

El presidente fue estrechando la mano uno a uno, sin perder la sonrisa. Luego, con un gesto, invitó a los demás a tomar asiento.

-Me ha llamado a última hora y me ha comunicado que está llegando, en unos minutos.

A ninguno de los presentes se le ocurrió preguntar quién sería el visitante. Era obvio que se trataba del máximo líder.

-Estuvo genial en su intervención. Pero si desclasifican los papeles de Moncloa podemos tener un problema –dijo uno de los presentes en un castellano que delataba un acento catalán.

-¿Qué quieres decir? –alegó una de las mujeres, la que parecía mayor.

-Todos sabemos a qué fuimos Zurich, y sobre eso hay cosas escritas. Comprometidas – el presidente mostraba un rictus grave, pero permanecía en silencio.

-Nunca quisimos pactar con los etarras –protestó el legionario más joven.

-No hablo de pactos. Para eso no hubo ni oportunidad. Pero fuimos a un diálogo político con una ETA a la que entonces llegamos a llamar movimiento de liberación. Hay que tener cuidado con las hemerotecas.

En ese momento el timbre del teléfono interno anunció la inminente llegada del máximo líder. Entró con semblante relajado, en plan victorioso, como si todavía sonaran en sus oídos las ovaciones de la Convención y las palabras del ministro francés Sarkozy quien desató pasiones en el momento de afirmar que la era del máximo líder en la presidencia de gobierno pasará a la historia como el Renacimiento Español. Los otros siete se levantaron al unísono y rodearon al hombre que no dejaba de exhibir una sonrisa entre natural y forzada mientras recibía complacido los parabienes. Pensó en ese instante que la travesía de dos años fuera del poder estaba dando sus frutos y que la humillación sufrida por una derrota electoral injusta y manipulada tocaba a la puerta de su venganza. Estrechó la mano de los cinco hombres y besó a las dos mujeres, y todos se sentaron alrededor de la mesa ovalada.

-He venido para felicitaros. Se ha hecho un buen trabajo –el máximo líder aflojó el nudo de su corbata verde de seda auténtica, juntó las manos entrelazándolas, puso un rictus serio y prosiguió-: También para anunciaros que si seguimos haciendo las cosas bien, volveré.

La palabra “volveré” dicha en un tono bajo de voz sonó como una detonación en la sala. El presidente no pudo evitar un movimiento hacia delante, posando sus manos en la mesa. Una de las mujeres abrió instantáneamente el bolso y se puso a buscar algo. El legionario joven esbozó una sonrisa cómplice y miró al otro legionario que permanecía con la cabeza agachada como para ocultar su reacción. Un golpecito en la puerta, providencial, hizo posible que todos los presentes reconstruyeran su figura al tiempo que entraban dos sirvientas con bandejas de café y bollos. Pasados unos segundos de tregua, el máximo líder, dueño ya de la palabra prosiguió:

-La Convención ha sido un éxito, pero las encuestas son negativas. Seguimos cinco puntos por debajo y los efectos de nuestra presión al gobierno tienden a debilitarse. Por eso es tan importante hacernos con el documento. Por otra parte, nuestras propias encuestas indican que con mi regreso podemos ganar. De modo que si reunimos el hallazgo del documento a mi candidatura obtendremos la mayoría absoluta –su mirada se dirigió directamente a los ojos de su sucesor situado al otro lado de la mesa para elogiarle casi con emoción-: Lo estás haciendo muy bien y te felicito. Todos te debemos mucho. Pero las cosas están como están, no avanzamos, seguimos estacandos, 40 por ciento frente a 45 por ciento, en nuestras propias encuestas, no sólo en las del CIS. Hace falta un revulsivo.

-¿Cuándo lo haremos público? –se animó a preguntar el legionario más joven-.

-Todavía no. En su momento. Antes tenemos asuntos que resolver. ¿Has movilizado a Reyes? –la pregunta tomó por sorpresa a su corpulento sucesor, más que nada porque aún se encontraba perplejo, mentalmente noqueado. Tras vacilar, su respuesta afirmativa sonó lejana y lánguida.

El máximo líder había dicho lo necesario. Era evidente que su interés en la reunión de Maitines no daba para más.

-Tendréis mucho de que hablar –apostilló mientras se ponía de pie, al tiempo que con un gesto pidió a los presentes que continuaran sentados-.

Salió a paso ligero de la sala. Al otro lado de la puerta le esperaban dos guardaespaldas con las manos cruzadas sobre los cojones.

10

Martín Hermón enfiló su Peugeot de gran cilindrada en dirección al norte. Había superado la M-30 siempre abarrotada de vehículos, donde tuvo que gritar algunas palabrotas a un conductor inexperto. El cielo lucía por fin algunos agujeros azules que proporcionaban esperanza. El sol seguía en el alto cielo para júbilo de quienes habían perdido la esperanza de volverlo a disfrutar. Y las rayas de algunos aviones delataban la existencia de vida por encima de las nubes todavía compactas sobre una gran extensión del firmamento. Delante de su vista una cinta gris avanzaba segura hacia el horizonte, superando primero las alturas de la sierra para enseguida deslizarse hacia una llanura espléndida que aún en pleno invierno vestía colores deliciosos. Era martes. Conducía sin prisa, repasando sus últimas horas en el periódico.

Se presentó el lunes a media mañana en el despacho del jefe de redacción y le disparó la solicitud de un mes de vacaciones sin sueldo para trasladarse a un pueblecito mediterráneo con la idea de descansar. Su jefe reaccionó con la satisfacción de quien se libera de una carga pesada:

-Magnífico. Lo necesitas tanto que debí habértelo pedido yo mismo. Sí, has hecho una buena elección, descansar, es lo que debes hacer.

-Hacía semanas que venía dándole vueltas.

-Martín, sabes que me preocupas. Llevas tres años con las pilas descargadas y las vacaciones anuales no son suficientes. ¿Un mes? ¡Dos deberías tomarte!

-Gracias Jorge, pero con uno bastará. Además, la economía no me lo permite.

-Y eso que no tienes hijos a los que pasar una pensión, suerte la tuya.

-Bueno, María Teresa se quedó con la casa de la urbanización y yo me vine a un apartamento que estoy pagando. Demasiados gastos fijos a fin de mes.

-Tú no te preocupes, me las arreglaré con las becarias. Esas dos no tienen horario, adoran la profesión y son jóvenes.

-Así que ya sabes lo que hago desde hace años...un trabajo que pueden hacer dos becarias.

-Hombre Martín, no es lo mismo. Tú eres un profesional curtido, un maestro de los sucesos. Lo que quiero decir es que nos arreglaremos. Lo importante es que cargues las pilas y vengas con una nueva moral. Y, dime, ¿cuándo empiezas?

-Hoy mismo, ahora mismo, a ser posible.

-Sin problema. Yo mismo daré el aviso a personal.

Martín Hermón no consideró necesario alargar la conversación con un tipo que no era de su devoción. Se puso en pie y le alargó la mano derecha al tiempo de decirle:

-Gracias Jorge.

-Hasta la vuelta.

La carretera, con un tránsito escaso, prometía un viaje tranquilo animado por el paisaje plano en cuyo fondo se erguían algunas sierras de cumbres nevadas. Incluso en las leves hondonadas de la llanura podían verse aún neveros pequeños como lunares. Recordó que la última vez que hizo el mismo viaje con su mujer había nieve a los lados de la carretera. Y ese recuerdo le llevó a una mañana de domingo, tres años atrás.

Una mañana de domingo (sin viento casualmente) bajó al jardín a la hora del desayuno, a eso de las diez. Ella devoraba tostadas cubiertas con mermeladas variadas alrededor de una mesa de alabastro blanco situada bajo una pérgola crema algo desconchada. Dominaban los cuatrocientos metros cuadrados de césped salpicado de plantas, principalmente geranios y rosales, y pequeños árboles, que termina en un suave declive junto al muro de piedras rústicas, tras el cual se extiende una calle bastante tranquila debido a que unos metros más adelante muere en una rotonda. Al verlo María Teresa se puso en pie y le pellizcó cariñosamente en ambas mejillas. Se ruborizó.

-Bueno, no tienes mal aspecto después de todo, dijo María Teresa -suspiró al tiempo que sus labios dibujaban una amistosa sonrisa. Él palmeó su cadera derecha enfundada en un vaquero genuino de importación y respondió a su bienvenida-:

-Siempre tan amable.

Mientras tomaba la cafetera la miró consciente de que tardaría en volver a verla. Pero en lugar de regresar a la conversación de la noche anterior cuando ambos decidieron separarse, le habló del jardín, de lo bonito que quedaría un pequeño estanque con patos, de lo robustos que se veían los pequeños plataneros, de la necesidad de dar una mano de pintura a la fachada del chalet, un salmón suave conjugado con toques fuertes del mismo color, dijo él y ella asintió. Luego permanecieron un buen rato sin decir nada. Sorbió un poco de café negro sin azúcar, emitió un pequeño ruido al tragar, posó la taza cuidadosamente, se secó los labios con una servilleta de algodón y finalmente se enfrentó a su mirada que le contemplaba en expectante silencio:

-Tú si que eres una reina .

-Sí, pero tú eres republicano y no nos entendemos -lo dijo con una sonrisa triste.

-Tienes razón, ya no nos queda tiempo para empezar de nuevo.

-No.

-Ya no.

-Te diré algo: antes de juntarte con otra arregla lo tuyo. No vayas por ahí jodiendo a la gente.

En ese momento él sintió que quedaba terriblemente solo.

Se aproximaba a su provincia, a su tierra. Las montañas nevadas le daban la bienvenida.

11

En la mesilla de su habitación en el hotel Txingudi, junto con información de los servicios del establecimiento había un ejemplar de los Evangelios. Tomó las escrituras y las introdujo en un cajón del mueble colocando en su lugar una edición en castellano de la Torah. La última vez que abrió sus páginas, se detuvo en el libro del Éxodo. Quedó impactado por el relato y comprendió el por qué para los judíos es la parte más importante de entre los cinco libros sagrados de la Torah. Es el que relata la revuelta frente a la esclavitud en Egipto, la liberación y el regreso a la tierra prometida atravesando el Mar Rojo. Lo tomó a última hora de la estantería donde estaba ya olvidado, pues de algún modo creyó que su misión necesitaba del alimento de un mensaje espiritual épico. Una vez más se trataba de sobrevivir.

Avanzaba la tarde cuando abrió de par en par las hojas del gran ventanal que daba a la Isla de los Faisanes, situada en medio de la bahía Txingudi. Una vaharada de aire fresco entró en sus pulmones y respiró profundamente. La isla estaba desierta, poblada de árboles y ramajes de tonalidades verdes, sólo transitada por algunas aves que con la mejora del tiempo retornaban a casa. Alzando la vista hacia la izquierda podía divisar las colinas habitadas en sus laderas por caseríos blancos en los que aún chocaban algunos rayos de sol, ya débiles en la hora cercana al atardecer. En la misma dirección y más al fondo se adivinaba un cresterío pálido. Abajo, a la altura de la isla pasaba un remero a la velocidad cansina de un largo entrenamiento. Encendió un cigarrillo, él que apenas ya fumaba, sólo por el placer de sentirse acompañado por el humo y con algo entre los dedos. Entre el ramaje de la isla creyó descubrir rodaendros y arbustos resistentes al invierno removidos por el viento punzante. Se giró y entonces su imagen se vio reflejada en el único espejo de la habitación, por debajo del reflejo de un rabo de nube grisácea. Reconoció en su rostro algunas arrugas que delataban una vida difícil. Expulsó un golpe de humo y su figura desapareció por momentos de su vista fatigada. Cerró la ventana y por teléfono encargó un bocadillo y algo de bebida.

Se encontraba tendido sobre la cama con el televisor encendido sin voz cuando el timbre del teléfono lo despertó. Solares le había advertido:

-Te llamarán a la habitación, entre las 20:30 y las 21:00. Lo hará una mujer que dirá llamarse Maite. Simplemente confía en ella.

La voz de mujer era sonora, agradable.

-¿Señor Hermón?

-Sí

-Mi nombre es Maite.

-La esperaba.

-Será mejor que baje al bar del hotel. Le espero en la barra. Rubia y con abrigo negro confío en ser la única, me reconocerá.

-En unos diez minutos estoy con usted.

Solares fue contundente al hablarle de la mujer:

-Es una pieza importante en el tablero de ajedrez transfronterizo. Maneja con eficacia varios hilos. Ella te facilitará un contacto directo con la banda etarra. Te presentas como periodista *free lance* con capacidad de vender exclusivas a los diarios más importantes de Europa. Tienes que convencerles que por su seguridad el documento debe estar en las manos de un profesional responsable y de prestigio. Un documento en la clandestinidad no tiene valor alguno y el gobierno socialista queda libre de cumplir sus compromisos.

Entró en el bar y enseguida localizó a la mujer sentada sobre un alto taburete, las piernas cruzadas, los brazos apoyados ligeramente sobre la barra, a su lado un vaso casi vacío de lo que parecía ser un zumo de naranjas naturales y un pequeño recipiente de frutos secos. Se acercó resuelto al tiempo que ella lo observaba dibujando una sonrisa formal, pero sobre todo estudiándolo de abajo para arriba, con meticulosidad.

-Buenas tardes –se adelantó Martín Hermón, ofreciendo su mano derecha.

Sin abandonar su posición ella contestó al saludo con las mismas palabras y el mismo gesto. Luego agregó:

-Sí, por fin hace una buena tarde tras muchos días de cielo cerrado y nieve.

-¿Desea otro zumo?

-Ya no. Me pasaré a un coñac francés.

-¿Le gusta?

-¿El coñac francés? Es excelente. Pruebe un Martell.

-De acuerdo –no fue necesario que dijera nada pues el diligente camarero con un leve gesto de sus labios les hizo saber que ya estaba en marcha sus coñac.

Fue entonces que Martín Hermón se fijó en los ojos de la mujer, y en una veloz mirada se dijo que en ellos acechaba la melancolía. Había visto ese tipo de ojos otras veces, recorriendo escenarios de sucesos y sabía que eran comunes entre la gente que vive al borde del precipicio, en permanente peligro.

-¿Qué tal el viaje? ¿Cómo está Madrid?

-En estos tiempos de autopistas el recorrido es cómodo. Recuerdo cuando en los sesenta viajaba por España con un viejo Renault. Aquello tenía algo de aventura, ahora el horizonte está a la vuelta de la esquina.

-No le haré más preguntas. No debo. Sólo estoy aquí para proporcionarle ayuda, la que necesite. No me interesa saber nada más de usted, pero eso sí, es inevitable, su acento le delata, es usted vasco.

Martín Hermón sintió un cierto orgullo. Quince años en Madrid no habían barrido su origen. Le hubiera dicho: Soy nacido en San Sebastián, la ciudad de mi vida, mi ciudad. Pero calló.

-Le apetece cenar algo. La invito.

-Le acepto algo ligero. Así podemos hablar como una pareja común y corriente.

El trayecto a San Juan de Luz por la cornisa le devuelve al pasado. Entre el cielo y el mar, salpicada de promontorios que cuelgan sobre el océano, esa línea gris estrecha por la que avanza despaciosamente su Peugeot es la misma por la que muchos años atrás transitaba en busca de calas y playas en las que ligar con las atrevidas francesas, o iba los fines de semana para ver cine prohibido en la pequeña ciudad. Para él, alejado toda su vida del nacionalismo, las poblaciones del otro lado de la frontera no eran simplemente Francia, sino que eran una realidad cercana con la que sentía cierta complicidad. Le viene a la memoria aquella tarde con Monique conduciendo su Dyan-6. Monique su primera novia era de Bayona, a cuyas fiestas él acudía año tras año a desfogar sus hormonas. Fue en un alucinante atardecer, el mar bravo a la izquierda, las praderas y más allá los bosquecillos a la derecha, cuando él le besó por primera vez y al verse correspondido comprendió que se hallaba en un mundo diseñado por su sueños. ¡Cuánto me gusta este trozo de mundo! pensaba ahora en su enésimo viaje en busca de San Juan de Luz, lugar de una próxima cita.

La mujer fue escueta durante la cena. Le gustaba escuchar más que hablar, quizás porque en su oficio era lo más prudente.

-Necesito un buen contacto con ETA, para una entrevista periodística.

-Te puedo proporcionar un excelente mediador. Alguien de confianza que está dentro. Necesitará tiempo, unos días, para madurar el asunto. Lo que sea después no depende de él.

-Es suficiente.

Luego fue él quien habló y habló sobre el momento político del país, el ambiente de Madrid, la lucha antiterrorista, las bombas de ETA, "están haciendo caja" explicó, en tanto la mujer asentía o sencillamente escuchaba. Fue al final, al momento de despedirse que ella le dijo:

-Pasado mañana jueves, a las 12 del mediodía, esté en la terraza del Café Central, en la Plaza Luis XIV de San Juan de Luz. Tómese un café y tenga abierto el Diario Vasco por las páginas de deportes. Un hombre de mediana edad que cojea lo recogerá y le llevara ante mi contacto.

Aparcó su coche justo encima de los barcos deportivos del pequeño puerto y avanzó hacia la plaza que tan bien conocía. En verano animada por decenas de pintoras y pintores, impresionistas, expresionistas, retratistas, especialistas en graciosas caricaturas, un espacio en el que mirar y dejarse ver, lugar de encuentro, o simplemente para pasar el rato. Nada más asomarse comprobó que la mujer tenía razón: allí estaba la terraza del Café Central a pesar de la época del año, equipada con estufas exteriores en forma de columnas. Buscó una mesa en la tercera fila de la terraza y pidió un café negro y un whisky escocés. Pensó que estaba en el lugar adecuado, ensayando la cita del día siguiente, en una especie de reconocimiento del terreno. El sol, tímido pero placentero le daba en la cara provocándole un gran bienestar. Fue estando así, con el café levantado cerca de los labios que creyó ver una figura conocida atravesando el otro extremo de la plaza. Dejó el café, se incorporó ligeramente y lo vio doblando la esquina: Sí, era Solares.

Los dos legionarios se mostraban optimistas por la decisión del máximo líder de volver al liderazgo público del partido. Era la mejor de las noticias posibles en plena travesía del desierto desde que fueran sacados del poder por lo que consideraban "la conspiración del 11 de marzo". Por otra parte estaban seguros de que el lehendakari sabía lo que decía al hablar del buscado documento. Encontrarlo era un asunto de primera necesidad. Era algo así como la puerta de regreso al poder perdido. El documento en manos del máximo líder provocaría casi con seguridad unas elecciones anticipadas. Conversaban animadamente cuando un asistente abrió la puerta con suavidad y desde la puerta entornada anunció: Ha llegado el señor Reyes.

Juan Reyes entró en el despacho del legionario más joven, vestido pulcramente, dueño de si mismo. Tres metros antes de llegar hasta los legionarios ya tenía extendido su brazo derecho.

-Buenos días caballeros –dijo con una voz de primera hora de la mañana.

-¿Cómo estás Juan? –preguntó el legionario más joven casi en el instante en que el mismo asistente volvió a asomar su cabeza de jugador de rugby para anunciar la llegada del segundo hombre que esperaban.

El segundo hombre pronto se convirtió en el cuarto hombre dentro de la pieza. De mediana estatura y pasados los cincuenta vestía un traje caro, oscuro, que hacía destacar una camisa verde y una corbata color arena. Desde que cruzó la puerta no dejaba de sonreír con un gesto estudiado propio de quien actúa de cara al público.

-Espero no haber llegado tarde –se disculpó el hombre, director de un polémico periódico.

-No Pablo, en absoluto. ¿Tomarás un café? –el legionario de más edad se adelantó hasta una cafetera eléctrica y dispuso con diligencia cuatro tazas sobre una bandeja de plata. Una vez sentados alrededor de una pequeña mesa redonda Juan Reyes se dirigió al llamado Pablo:

-Estamos detrás de un documento. Por cierto, convengamos que esta conversación no ha tenido lugar.

Documentos, documentos, eran la especialidad del periodista acostumbrado a lanzar a la opinión pública titulares sensacionalistas fabricados para perjudicar al gobierno socialista, documentos verdaderos o falsos, íntegros o manipulados, censurados o sobredimensionados, documentos protegidos por la deontología de ocultar las fuentes. Apoyó su brazo izquierdo sobre la mesa dejando ver un reloj de oro macizo.

-Si me lo cuentas, veré cómo puedo ayudar.

Levantó la taza de café con mucha ceremonia y probó un sorbo, antes de agregar:

-Por supuesto que esta conversación no existe. Tenéis mi palabra.

-Es un documento confidencial que sella un pacto del gobierno con los terroristas para llevar a los socialistas a las elecciones con algo entre las manos. Al parecer el documento promete una solución en una próxima legislatura. Sin lugar a dudas se trata de neutralizarnos –dijo Reyes con el asentimiento expresado en gestos de los legionarios que se limitaban a escuchar.

-¿No se precisan concesiones políticas? –el periodista comenzó a moverse ligeramente mostrando inquietud y a la vez entusiasmo por una próxima exclusiva.

El legionario más joven tomó la palabra con el afán de clarificar la naturaleza del asunto:

-¡Cómo podemos saberlo! Sin embargo nos parece improbable, sería prematuro. Además ETA está vencida políticamente y no está en condiciones de exigir y no creemos que los socialistas sean imbéciles como para ponerse una cuerda al cuello. Pero tenemos razones para pensar que dicho documento reconoce la conveniencia de una mesa de partidos, que es la vía por la que en un futuro puede debilitarse la unidad de España.

-Es indudable que la importancia no está en el contenido sino en la existencia misma del documento –el periodista hablaba desde una dilatada experiencia en el oficio de la intoxicación-. Pero, ¿y si no dais con el documento? Encontrarlo puede ser cuestión de suerte, de habilidad, pero pongamos que sólo hay una probabilidad entre mil.

Juan Reyes miró a los legionarios y comprendió que estaba autorizado para contar al director de periódico cuál era su pieza en el tablero. Después de hacerlo el otro juntó las manos sobre la mesa y tomó la palabra:

-Si tenéis a un periodista en el terreno y logra entrevistarse con algún dirigente de la banda, y lo puede probar a posteriori en caso de necesidad, ¿qué puede impedirnos publicar un documento? El verdadero u otro. ¿En realidad dónde está la diferencia? Os diré algo: la experiencia me dice que es improbable dar con un documento como el que buscamos, pero si damos con él las dos partes negarán toda su veracidad. Pero es el caso de que estamos persuadidos de que el acuerdo existe y ello es lo que explica la seguridad del presidente de gobierno cuando afirma estar convencido de que habrá un proceso de paz, y lo mismo cuando los portavoces políticos de los etarras aseguran que el proceso es imparable aunque los sigan deteniendo. Si existe un acuerdo ¿por qué no denunciarlo? Ellos siempre dirán que es falso, pero lo dirán aunque sea verdadero. En cambio tenemos un as en la manga: el testimonio del periodista que podrá probar que la entrevista se produjo. Bastará con que él mismo crea que el documento es auténtico. Si él lo cree es suficiente. Será él quién responda sobre su autenticidad. Yo sólo soy un mensajero, el que publica, y vosotros lectores de mi periódico ¿cómo podríais manteneros al margen? Haréis lo que se espera: denunciar el hecho y citar al presidente del gobierno en el Congreso. Después...todo tiene una inercia.

Sin formalidades, epifanías ni conmociones, los otros tres quedaron en silencio. Sobre pasados por la genialidad del periodista director Pablo. Durante unos segundos si algo hubo de extraordinario no fue el ruido sino la quietud.

13

Era la noche antes de la cita. Acostado en la cama tomó la Torah en las manos y la abrió por Éxodo. "La estancia de los israelitas en Egipto duró cuatrocientos treinta años. El mismo día que se cumplían los cuatrocientos treinta años, todos los Ejércitos del Señor salieron de Egipto. Aquella noche el señor veló para sacarlos de Egipto. Y esa misma noche será noche de vela en honor del Señor para los israelitas, durante todas sus generaciones". La epopeya del éxodo culmina con la exaltación de Moisés. Su rostro es un reflejo de la gloria divina y su tarea es la de ser intercesor entre Dios y el pueblo, mostrando el gran poder de la intercesión. Martín Hermón se sentía intercesor pero no en condiciones de pasar la noche en vela. Durmió lo suficiente con una copa de whisky escocés al alcance de la mano.

Se levantó temprano y antes de acudir al servicio permaneció unos minutos contemplando la figura envuelta en brumas de la isla. A esa hora era como si la isla no respirara y estuviera como muerta, invernando. Sin dejar de mirar se despojó del pijama y a continuación entró en el cuadrado de la ducha, dejando que al agua a presión cayera sobre su nuca largo tiempo. Estando así la memoria de su retina le trajo, una vez más, la visión de Solares cruzando la plaza Luis XIV. De una u otra forma era parte de un juego de espías y se daba cuenta que ya era tarde para recular. Sabía que su vida estaba infiltrada por la desgana y la posibilidad de romper ese círculo depresivo pasaba necesariamente por reivindicarse con unas gotas de éxito y otras más de venganza. El hallazgo del dichoso documento representaba ambas dosis.

Eran las 11,45 cuando tomó asiento en la misma silla de la misma mesa del día anterior. Al menos estaban en el mismo lugar. La plaza cubierta de plataneros en la que aún se puede oír los cascos de seis caballos rusos y otros seis caballos indios tirando dos galesas del cardenal Mazarin. Y las pisadas del Rey Sol en sus Mil y Una Noches cruzando la plaza en dirección a Saint-Jean-Baptiste para reunirse con la infanta María Teresa. Sonidos esculpidos en los ecos. Ahora el quiosco central, los plácidos cafés y edificios art déco de contraventanas rojas y el Hotel de Ville. Pidió un café y abrió el diario indicado por las páginas de deportes. Esperó. A las doce en punto observó a un joven de unos 30 años que cojeando ostensiblemente, venía hacia él desde la rue Gambetta. En una rápida exploración se dio cuenta que Martín Hermón era el único hombre que en solitario leía un periódico, por lo que el contacto no parecía tener dudas. Martín Hermón elevó un poco el ejemplar del Diario Vasco con el fin de facilitar más aún su identificación. El joven se aproximó hasta él.

-Quizá está leyendo las páginas deportes.

-Así es, puedes comprobarlo.

-¿Puedo sentarme?

-Por favor.

-Cómo ve yo no puedo hacer deporte, al menos el que quisiera.

-¿Cómo fue?

-Un puto accidente, yo iba en bicicleta.

-¿Quieres un café?

-¿Por qué no?

Martín Hermón giró el cuerpo hasta localizar a un camarero que parecía ser latinoamericano. Solicitó dos cafés negros.

-Estoy en tus manos.

-Naturalmente tiene coche, aparcado por aquí. Puede dejarlo, yo le llevaré y lo volveré a traer. En realidad vamos a un lugar muy cercano.

-Perfecto, haré lo que dices. Tomemos el café y cuando quieras.

El joven cojo se levantó y Martín Hermón hizo lo propio. Después se limitó a dejarse llevar. Recorrieron apenas cincuenta metros de la rue Gambetta y torcieron a la derecha hasta topar con una calle de mucho tráfico. El joven paró ante un Renault azul marino y le invitó a tomar posesión del otro asiento delantero. Enseguida maniobró, dirigiéndose hacia una rotonda de gran diámetro que distribuía el tráfico en todas las direcciones. El joven enfiló el vehículo hacia

la vecina Ciboure, casi una extensión de San Juan de Luz. Condujo por unas calles estrechas tomando un poco de altura y paró ante una puerta pintada de un discreto color marrón.

-Pulse ese timbre y espere. Yo estaré aquí.

Abrió un tipo moreno, alto y flaco, que rápidamente se hizo a un lado para dejarle paso. Su voz era sorprendentemente grave, poco acorde con su físico, y mantenía un cigarrillo colgado de los labios. Por el olor Martín Hermón supo que era de una marca cara, por supuesto rubio.

-Pase adelante y tome asiento. Lamento no poder ofrecerle nada.

-Gracias.

En pocos segundos se hizo a la idea de que aquel piso no estaba habitado y era ni más ni menos que un piso franco. Al pensarlo sintió una corriente fría que le subía y bajaba por la espina dorsal y sin saber exactamente por qué razón reconoció la compañía del miedo.

-Mire, tengo poco tiempo. En realidad he corrido riesgo por venir aquí. Así que usted dirá.

-Está bien. Lo que quiero es una entrevista con un jefe de la organización.

-¿Está usted loco? ¿de qué manicomio lo han sacado? –el tipo alto y delgado lo dijo en voz baja, controlando su sorpresa. Apostilló-: La mierda de siempre.

-Bueno, tú pídelo, que sean ellos quienes decidan.

-Hombre, no sea usted ingenuo. Tardaría varios días, tal vez bastantes, hasta obtener una respuesta. Como están las cosas no hay lugar para el error, la seguridad está por encima de todo, ¿comprende?

-Naturalmente, no soy estúpido. Lo que ofrezco es la publicación de una entrevista en los diarios más prestigiosos de Europa.

-Una entrevista, ¿más contaminación?

-Nada de eso, es el momento idóneo para que ETA hable. Todo el mundo habla de una posible tregua, de que lo va a hacer ETA, ¿por qué no dejar las cosas claras? Sería beneficioso para el proceso de paz.

-Bueno, mire, yo no soy nadie. Me limitaré a comunicar su petición. Dígame cómo localizarlo.

Le dio su dirección, Hotel Txingudi habitación 35.

-¿Deberé esperar mucho?

-No lo sé. Con un poco de suerte una semana. Ahora váyase.

Martín Hermón estuvo a punto de darle la mano, pero instintivamente se retuvo y salió a la calle. A unos cien metros más adelante el Renault le estaba esperando.

14

Seis días después era miércoles. Todos las mañanas había estado saliendo para hacer pequeñas excursiones por los alrededores, siempre evitando entrar en su ciudad, San Sebastián, por temor a verse reconocido por múltiples amistades. Ante los recepcionistas del hotel hacía ver que eran salidas de negocios y cada día, desde el vestíbulo y a la vista de todos, hacía algunas llamadas con su móvil. Alguna vez le llamó a Solares para comunicarle que estaba en situación de espera y se reprimió las ganas de preguntarle por su presencia en San Juan de Luz. Ese miércoles amaneció con escasas nubes y ya estaba el cielo inusualmente limpio cuando encendió el motor de su Peugeot y tomó rumbo al valle de Asteasu que tan bien llegó a conocer

en los veranos de su juventud, pues durante algunos años acudía junto con su hermana Sara a pasar un par de semanas en la casa de unos parientes, una especie de moderno caserío construido con piedra noble y dotado de todas las comodidades. Hacía al menos dos décadas que no regresaba al valle en el que ya no vivían sus parientes quienes habían acabado por emigrar a la capital.

A media mañana el valle estaba precioso. Las lluvias habían hecho crecer una vegetación exuberante y las tonalidades verdes daban al paisaje una lujuriosa belleza. Ya la pasta solar anunciaba su presencia en el firmamento y los árboles tímidamente asoleados se iban deshaciendo poco a poco de la bruma. Amarillos y marrones competían con el verde de los bosquecillos de pinos. Eran visibles rebaños de ovejas y vacas y todo el ambiente de la campiña era un efluvio de sosiego. Recordaba que en sus veraneos había leído sobre las andanzas del cura guerrillero Santa Cruz en el valle, lugar en que fue visto poco antes del exilio. Viento del norte de marzo con olor a incienso y a contienda. Se dirigió en dirección a la iglesia parroquial que preside el valle encaramada en una colina. Era su lugar preferido desde el que divisar el conjunto de Asteasu y las estribaciones del monte Ernio. Aparcó en la trasera de la iglesia, en un pequeño parking, y dio la vuelta al edificio reformado en el siglo XVIII. Desde la altura contempla el pueblo de sus veranos juveniles y se le humedecen los ojos. El panorama es soberbio. Disuelta la neblina los cresteríos se dibujaban limpios y perfectos. Los silbidos de los pájaros mostraban su júbilo por el día soleado e iban y venían por encima de los tejados de la iglesia. Permaneció largo rato recordando, y cuando se llenó de nostalgia regresó al Peugeot, se acomodó y extrajo de la guantera una cajita metálica y empujó la cinta de Leonard Cohen que sobresalía del radiocassette. La voz de Cohen inundó el interior del coche y su alma. La cajita contenía tranquilizantes vegetales de color tostado. Tomó uno en la mano derecha y lo tragó con un golpe de saliva. Cohen imponente y triste, a la triste manera de la luna enganchada en un gajo de Dios. Pasó la tarde conduciendo por las estrechas carreteras del Baztán y cenó en un restaurante típico de la bella población de Lesaka.

Fue esa noche de miércoles, cuando al empujar la puerta de su habitación hacia las 21:00 horas notó una leve resistencia. Con la puerta entreabierta fijó la vista en el suelo y descubrió un sobre amarillo que había sido deslizado bajo la puerta. Lo tomó, cerró la puerta tras de sí y sentado a un lado de la cama lo rasgó con sumo cuidado. La organización ETA lo citaba en la pequeña ciudad balneario de Dax, a las once de la mañana del día siguiente. Sintió una gran agitación y enseguida un subidón de moral. Pidió por el teléfono que le subieran un whisky escocés con hielo. Con el televisor encendido durmió a ratos.

Cruzó el río Adour a la altura de la ciudad de Baiona. Sorteó un par de rotondas y tomó la carretera a Dax sin dejar de pensar en cómo sería el encuentro. Una y otra vez desde que leyera la citación no había podido dejar a un lado el ejercicio de repetirse mentalmente su propio discurso. Era consciente de la enorme dificultad de hacerse con el documento y ello le llevaba a tratar de perfeccionar su mensaje. ¡Era su oportunidad!

Cuando entró en la ciudad, famosa por sus balnearios y las corridas de toros, eran las diez y cuarto de la mañana. Se dirigió hacia el centro urbano y en la primera ocasión aparcó el Peugeot, frente a una pequeña oficina bancaria. Puso pie a tierra e interrogó a una mujer de mediana edad por el Grand Hotel Mercure. Por fortuna estaba cerca y a las 10:40 se encontraba en la coqueta cafetería del lujoso hotel que como la mayoría de los de la ciudad ofrece servicios de aguas termales y talasoterapia. En la barra, una joven morena, alta y delgada, servía con entusiasmo a una docena de clientes que probablemente tomaban el segundo café de la mañana. Pidió uno largo, estilo americano, y se situó en una mesa desde la que podía dominar el acceso de entrada al local. En ese instante, por primera vez, pensó que no le habían indicado dotarse de una señal ni aprenderse frase alguna. Luego era obvio que su interlocutor sabría a quién dirigirse y ello le condujo a la idea de que casi con seguridad habría sido fotografiado. Miró al reloj y observó que las agujas indicaban las 10:55. Tomó un sorbo de café y se limitó a esperar. Estando así fijó su vista en una chica muy joven cubierta con una prenda roja propia para la lluvia que en un instante salió y volvió a entrar en la cafetería. Enseguida entró un hombre joven, de unos cuarenta años, y comprendió que era él.

En menos de cinco segundos el hombre echó un vistazo al conjunto del local y sin titubear se dirigió al encuentro de Martín Hermón. Sin presentarse aún se sentó justo en frente y dijo:

-¿Es usted el periodista?

-Ya debe saberlo –respondió Martín Hermón como queriendo decir “de lo contrario no se sentaría aquí, en mi misma mesa”.

-Por supuesto.

-¿Le pido un café?

-Por favor

-¿Cómo lo quiere?

-Petit creme –extrajo un cigarrillo de un Gitane y pregunto-: ¿Le molesta?

Martín Hermón dijo que no con una señal de su mano y se levantó en busca del petit creme. No había servicio de mesas, al menos en esa hora. Estando junto a la barra se fijó en la muchacha de chubasquero rojo; era realmente joven, unos veintidós años. No tardó en volver a la cita.

-Y, dígame, ¿qué es lo que realmente desea?

-El momento político es esperanzador y delicado. Lo que puedan decir ustedes es de interés general. Les conviene hablar.

-¿Por qué hemos de hablar? La prudencia es la mejor conducta.

-Habéis acordado un plan con el gobierno. ¿Me permite hablarle de tú? Habéis firmado un pacto para blindar el llamado proceso de paz...

-Y usted qué sabe. En Madrid hay una jauría tratando de bloquear cualquier proceso político orientado a la resolución democrática del conflicto.

-Es *vox populi* que existe un documento. Pero ese documento os ata a vosotros mientras siga siendo clandestino. El gobierno sigue haciendo las cosas a su manera.

-De modo que eso es lo que busca, un documento. ¿Y piensa que se lo vamos a dar? No. No existe tal documento, pero si existiera ¿por qué se lo íbamos entregar, a usted precisamente que es primo del Hermón al que ajusticiamos?

-Justamente por eso, porque me debéis algo.

-Está perdiendo el tiempo.

-Dispongo de mucho para intentar convencerlos que os conviene que alguien sea depositario de ese documento. En manos de un periodista es como haberlo acordado ante un notario. Si el gobierno no cumple el gobierno puede verse con el culo al aire si se publica: pacta con ETA y además no cumple, doble pecado. No estoy pensando en publicarlo sin vuestro permiso, pero que el gobierno sepa que está en poder de un periodista puede ser vuestra mejor arma.

-Es usted persuasivo, o al menos le pone ganas, pero no creo que le funcione –apagó el resto del cigarrillo aplastando un extremo en el cenicero.

-Hagamos un trato. Lo pensáis con calma y mientras yo espero.

-No le prometo nada. Lo normal es que no -el hombre miró a la joven de rojo que de inmediato salió del local. Enseguida él mismo se puso en pie e hizo algo que no había hecho al entrar: alargó su brazo al periodista y se despidió-: Suerte.

-Lo mismo digo. Suerte.

Esa tarde de jueves la pasó en el hotel. Bajó al gran salón, leyó periódicos y hasta echó una cabezada delante de un televisor que ofrecía deportes de invierno.

15

Buenaventura Solares marcó el número del móvil de Juan Reyes. Este último apretó el botoncito verde de su pequeño Movistar.

-Dígame.

-Está en el hotel. Esta mañana ha hecho el último contacto y está maduro.

-No esperemos más.

-De acuerdo. Será mañana.

-Okey

16

Conducía a primeras horas de la mañana del sábado, con los focos encendidos, pues a las 7:30 todavía era de noche. No había conciliado el sueño y prefirió emprender el regreso a Madrid con su preciado botín que le fue entregado en la recepción an las 19:30 del día anterior.

-Señor Hermón, tiene aquí un sobre para usted –le dijo un recepcionista ya entrado en años.

Era sábado, día de fiesta para su pueblo -un pueblo que lentamente se hacía presente en su vida-, desde la época nómada, “donde quiera que viváis, es día de descanso consagrado al Señor”. Para él era también un día de celebración. El mejor de los días en los últimos años. Primero cumpliría con su deber y luego él también tendría su descanso. Había quedado con Buenaventura Solares en una gasolinera, a la entrada de San Sebastián de los Reyes, “por prudencia” le dijo aquel, y por la tarde iría a la sinagoga. Con Solares debía acordar qué hacer con el documento, como sacarle provecho mutuo. En la sinagoga se vería con su primo para mostrarle una copia y ver su reacción: presentía un arrebató de cólera.

Tenía una idea clara sobre el destino del documento. Después se iría un par de semanas a buscarse a sí mismo, a Jerusalén. Hacía algunos años que por consejo de algún pariente había leído un libro de Karen Armstrong sobre la ciudad de las tres religiones monoteístas y desde entonces en algún lugar de su corazón estaba alojada la idea de visitarla. Le vendría bien viajar a la ciudad tumultuosa y confusa, sentir la espiritualidad de los judíos vestidos con su caftán besando las piedras del Muro de las Lamentaciones y de ese modo alimentar un poco su vida vacía. Sabía de judíos ateos militantes que se preocupaban de la Ciudad Santa, luego algo debía tener la ciudad quizá por su asociación con acontecimientos de la historia y con relatos míticos de la intervención de Dios. El caso es que le vendría como anillo al dedo escapar de Madrid a un mundo que intuía necesitaba reconocer. No concebía el viaje como búsqueda religiosa sino sobre todo como necesidad de una paz interior de la que carecía.

Conduciendo moderadamente, a las cuatro horas ya estaba en el lugar de la cita, con media hora de anticipación. La gasolinera era una de las centenares de Repsol. Localizó un hueco y puso a descansar el Peugeot, encaminando sus pasos hacia el pequeño bar de la estación. Pidió un Martini blanco y algo para picar y se limitó a esperar, siempre con la vista puesta en el tráfico de la estación de gasolina. Se notó bastante relajado, pese a la importancia que el contacto tenía para su vida. Por fin divisó a Solares a bordo de un Mercedes negro. Llegaba solo. Apuró el Martini y se apresuró a salir en busca del Mercedes que ya estaba maniobrando para parquear. A su vez, Solares lo vio por el rabillo del ojo y se limitó a esperar. Martín Hermón no perdió el tiempo y se coló en el asiento del copiloto. Se dieron la mano.

-¡Enhorabuena!

-No ha sido difícil. Sólo he tenido que esperar.

-¿Puedo verlo?

Martín Hermón metió la mano en el bolsillo derecho de su abrigo y de él extrajo un sobre abierto.

-Pero...esto es una fotocopia.

-Naturalmente.

Solares leyó el documento en el que las partes, el gobierno y ETA, mostraban un acuerdo calcado a lo que les había anunciado el lehendakari a los dos legionarios de Cristo. El texto estaba compuesto por 22 líneas y no tenía firmas nominales, sólo decía al final "Las partes".

-Y, ¿qué es del original?

-Hombre, Solares, he corrido riesgos.

-Y ¿qué quieres decir?

-Que tiene un valor, digamos que 300.000 euros.

-No puede ser iesto es una pesadilla! ¡3000.000! No estás en tus cabales -Solares endureció el rostro y sus ojos se enrojecieron de forma alarmante-. Lo que debes hacer es publicarlo, lo tenemos todo preparado. Esto no es un negocio. Esto es una exclusiva que tienes en las manos para tu propia autoestima, para tu venganza, y para descubrir un juego sucio de este gobierno que está vendiendo a España. ¿Te das cuenta?

-Ya no me interesa la venganza, ni la fama. Me interesa el dinero. Tú me lo das y haces lo que quieras con el documento.

-No seas estúpido, el documento sin tu aval no sirve para nada. Cualquiera puede acusarnos de haberlo inventado. No lleva firmas, lo que vale es tu testimonio, tú eres el que has estado con ETA ¿Comprendes?

-Comprendo. Pero el precio no varía. Me dais el dinero y lo publicamos. Esta es la base de un buen acuerdo.

-¿Es tu última palabra?

-Sí, claro.

-Estaremos en contacto. Veremos qué puedo hacer.

Martín Hermón estaba a punto de salir del vehículo cuando le disparó:

-Ah! ¿puede saberse qué hacías en San Juan de Luz?

-Protegerte.

Martín Hermón miró por última vez a Solares y dio la espalda al coche. El tiempo anunciaba un empeoramiento, de hecho sintió unas gotas finas chocando frías sobre su calvicie.

Almorzó muy cerca de su apartamento, descansó un par de horas tendido sobre el sofá con el televisor siempre encendido y se preparó para visitar la sinagoga: ardía en deseos de ver a su primo.

17

Casi a la misma hora Juan Reyes se reunía de urgencia con los dos legionarios en la quinta planta de la sede del partido.

-Ese cabrón quiere dinero, se lo ha dicho a Solares.

-¿Cuánto? -preguntó el legionario más joven.

-300.000, nada menos.

El legionario más viejo dejó escapar un silbido antes de decir:

-Se cree muy listo.

-Esto es el colmo -hablaba Reyes- le proporcionamos el documento y ahora nos lo quiere vender iinsólito!

-El mundo al revés -comentó lacónico el legionario más joven-. El caso es que necesitamos a ese tipejo para que de la cara y pueda avalar el documento con su aventura. De lo contrario hemos perdido el tiempo y no tenemos nada.

-Habrá que hablar con Pablo si sigue dispuesto a publicarlo.

-Si el tipo da la cara y cuenta su peripecia en Francia, Pablo no tiene problema, él no corre más riesgo que el de costumbre. Y es experto en eso de los riesgos -respondió el legionario más viejo-. Negociemos -propuso-. Podemos entregarle 30.000, sin dejar rastro del pago.

-¿Puedo hacerlo? -interrogó Reyes-, ¿Negociar?

-Hazlo -dijeron al unísono los dos legionarios.

18

Divisó la sinagoga sin movimiento en el exterior. Tan sólo la figura de un guardián de empresa privada daba un toque humano al edificio en el interior del cual debían haber comenzado los ritos. Se ha experimentado lo sagrado de muchas maneras: ha inspirado miedo, temor

reverencial, euforia, paz, terror, actividad moral...Estaba seguro que para su primo no era desde luego una fuerza de "ahí fuera" sino una oportunidad de paz, al menos desde que asesinaran a su hermano. Él mismo no buscaba lo religioso sino un espacio de espiritualidad, de meditación que proporcionara equilibrio a su vida. Por ello, la idea de viajar unos días a Jerusalén por vez primera en su vida de judío inconsciente, le tenía cautivado. Sería como un viaje a las leyendas y los relatos antiguos que son importantes precisamente porque son mitos.

-Shalom! -Saludó al guardián.

-Shalom!

Eligió una kipa negra de un recipiente colocado en el pequeño vestíbulo y se la puso con cuidado, comprobando que le quedara sujeta. Entró por la puerta de los hombres a un espacio luminoso y limpio. El muro principal era una imitación al Muro de las Lamentaciones que es, como se sabe, el muro de sujeción de la plataforma del Templo, construido por el rey Herodes. Por delante del Muro había una Tebá, pupitre sobre una tarima para el oficiante. A un lado y en la pared izquierda lucía una estrella de David y debajo sobre una mesa pegada a la misma pared la Menorá, un candelabro de bronce de siete brazos. En la parte trasera, a un lado de la puerta de entrada el Tamid o lámpara encendida permanentemente. En el interior había como unos cuarenta hombres. La pared derecha hacía de división de un habitáculo algo menor destinado para las mujeres que entraban y salían por otra puerta. Discretamente se colocó en tercera fila frente al muro y abrió su Torah.

"Los cielos son mi trono  
y la tierra el estrado de mis pies  
Pues, ¿qué casa vais a edificarme,  
o que lugar para reposo".

Comenzó a leer. Y siguió haciéndolo en silencio, pues no sabía hacerlo en hebreo como otros que leían en voz alta, algunos de los cuales movían la cabeza hacia delante como con un resorte automático. Advirtió que su primo estaba en la primera fila, pero en medio del concierto de voces no pudo distinguir si él era uno de los que leían en hebreo. Oró, o al menos leyó durante una hora. Hasta que dejó de hacerlo su primo al que tomó del brazo al pasar a su lado:

-Shalom!

-Shalom! Martín, de nuevo por la sinagoga.

-Quería hablarte -se lo dijo en voz muy baja pegando los labios a su oído.

-Ven -su primo le condujo hacia una pequeña puerta de madera labrada que abrió, haciéndole pasar a una habitación pintada de blanco y amueblada con algunos modestos sillones y una mesa central que proponía revistas en idioma hebraico. Había además una amplia biblioteca en la que podían observarse bastantes ejemplares de la Torah. Era algo así como una Yesibá, lugar de estudios hebraicos, probablemente para los más jóvenes de la comunidad judía de la ciudad -. Aquí podemos hacerlo.

-Lo tengo, el documento está en mi poder.

-No comprendo, explícate, ¿qué documento? Oh! No.

-Ellos mismos me lo han proporcionado...

-¿ETA?

-Así es. Han llegado a la conclusión de que ponerlo en manos de la prensa es un mecanismo de seguridad.

Martín Hermón contó a su primo su viaje a la frontera. Los contactos previos y la cita en Dax. Según lo hacía el rostro de su primo iba transformándose en una mueca de escepticismo. Cuando terminó su narración Martín Hermón escuchó algo así como un estampido:

-¿Cómo sabes que eran de ETA?

-Hombre, primo, ¿quiénes si no?

-¿Tienes alguna prueba que puedas proporcionar?

-¿A que te refieres?

-Mira, dices tener un documento que prueba un pacto entre el gobierno y la banda terrorista. ¿Lo vas a publicar? Se te echarán encima y tú tendrás que probar que es auténtico, ¿comprendes ahora?. ¿Y si no eran de ETA? Por lo que me cuentas todo ha sido demasiado fácil. Has tardado muy pocos días para lograr algo que si fuera cierto sería un bombazo. ¿Quién era la mujer del hotel? ¿La habías visto antes? ¿Quién te proporcionó ese contacto?

-Hombre, primo, estás a la ofensiva, exageradamente –Martín Hermón comenzó a mostrarse preso de la ansiedad.

-Es que el asunto es serio. Por cierto ¿tienes aquí el documento?

-Una copia. El original está en lugar seguro.

-Déjamelos.

Leyó:

#### *Operación Futuro*

*Las partes, firmantes de este documento de preacuerdo, confirman que las condiciones políticas permiten iniciar un proceso tendente a la resolución del llamado conflicto vasco para unos y conflicto entre Euskadi y el estado español para otros, superando toda expresión de violencia y mediante vías pacíficas y democráticas.*

*Las partes, están interesadas en normalizar la vida política en Euskadi para lo cual se proponen generar las condiciones de confianza mutua y de calma social que permitan a la coalición Batasuna recuperar su legalidad y presentar candidaturas en las elecciones municipales de 2007. Este será un paso político que irá acompañado de la formación de una mesa de partidos que abrirá un nuevo espacio de diálogo y concertación para la búsqueda de una solución política definitiva al conflicto. La creación de las condiciones óptimas que hagan posible los dos puntos anteriores pasa necesariamente por la declaración de una tregua indefinida de la organización armada ETA, sin la cual la parte gubernamental declara inviable el proceso de paz mismo.*

*Las partes reconocen y así lo manifiestan que el proceso iniciado es aún frágil y obtendrá un empuje definitivo en la legislatura que dará comienzo con las elecciones generales de 2008, para lo que será condición necesaria la victoria electoral del Partido Socialista Obrero Español. Entre tanto, las partes se comprometen a ir desactivando gradualmente, mediante gestos, los obstáculos que aún impiden la creación de un escenario que genere confianza en la opinión pública, en las sociedad civil, partidos políticos e instituciones.*

#### *LAS PARTES*

-Martín, me temo que alguien te está utilizando. El presidente de gobierno jamás acordaría un texto como éste. No digo que no piense en algo así, digo que no lo puede poner por escrito y lo que no puede ser no puede ser.

-Es como tú lo ves, pero no puedes asegurarlo.

-Disculpa, Martín, el que tiene que probar la autenticidad de un libelo como éste, sin firmas, ni siquiera fecha, eres tú. Te pregunto de nuevo ¿cómo sabes que eran de ETA? ¿Y si es un montaje y tú eres el tonto útil? La oposición no aceptará nunca que perdió las elecciones limpiamente y se mueve por el afán de venganza. Necesita algo así como este libelo para arremeter contra el partido socialista y el gobierno. Imagínate la situación: lo publican y luego te sacan a ti para que confirmes la cita de Dax y hagas de periodista que guarda sus fuentes, etcétera. Pero, si alguien te pregunta, ¿era realmente ETA? Será sólo tu palabra pero honestamente no lo puedes probar, realmente no lo sabes.

Martín Hermón parecía más nervioso por momentos. Él, que buscaba la paz en la sinagoga se manifestaba cada vez más agitado.

-Sólo tú sabes en qué estás metido, si es que lo sabes. Pero te daré un consejo: antes de hacer nada, repasa toda tu historia, desde el primer contacto, medita sobre ello, estudia los hechos, y reflexiona sobre si en algún momento tú has sido dueño de la situación o son otros los que te han guiado. Si sacas la conclusión de que te han "llevado" puedes estar seguro de que te han utilizado.

Martín Hermón no sabía qué decir. Las palabras de su primo eran como cuchillos clavándose en su moral. Lo admiraba profundamente y ese hecho era radicalmente decisivo a la hora de tomar en cuenta su reprimenda. Finalmente suspiró, una, dos, tres veces, y dijo:

-Lo haré. Lo pensaré.

Su primo aún tuvo tiempo de recordarle:

-No olvides, Martín, que están los jueces. Esa vía sí es limpia.

19

Sóno el timbre de su móvil. El ruido lo despertó. Miró al reloj de pulsera y observó que eran las nueve y veinte de la noche. Al regreso de la sinagoga se había quedado dormido, como casi siempre, con una copa de whisky escocés a medio beber sobre la mesita. Pero había pensado, había pensado lo suficiente.

-Dígame.

-Soy Solares, deseo hablarte.

-¿Cuándo?

-Dentro de media hora ¿te viene bien?

-Podemos quedar.

-En el Centro Cubano.

-No, por favor. Ya tuve bastante. Pon otro lugar, no sé... la cafetería del Meliá.

-Hermón, no iré solo.

-Está bien. Hasta pronto.

Rápidamente se desnudó y entró en la ducha. Bajo el chorro de agua caliente situó su nuca y así estuvo un par de minutos gozando del masaje

La cafetería del Meliá era todo un mundo ese sábado por la noche. Parejas y grupos cenando o simplemente tomando copas, disfrutando del clima acogedor en una noche fresca que recordaba las recientes nevadas. Le vio en la barra junto con otro hombre al que no conocía. Solares, expectante vigilaba la puerta, acompañado de Juan Reyes. Martín Hermón se acercó y ofreció su mano a los dos hombres, acción que fue correspondida.

-Me llamo Román –dijo Juan Reyes.

-Mucho gusto.

Solares se limitó a indicar una mesa libre, de las pocas, en la que tomaron asiento.

-¿Qué tomas? –preguntó Solares- Nosotros estamos de Whisky.

-Yo lo mismo, que sea escocés. En vaso largo y con hielo.

-Vosotros podéis quedaros pero yo tengo prisa, así que si os parece vayamos al grano – Juan Reyes lanzó su primera carta sobre la mesa.

-Como quieras. Ya sabéis lo que quiero.

-Treinta mil. Ni uno Más. Ya es mucho dinero –afirmó Juan Reyes.

-¿Me tomáis el pelo?

-Es lo que hay, lo tomas o lo dejas –remachó Solares, mostrando la segunda carta-. Mira Martín, el documento es importante, pero no estamos en una compra venta, este es un asunto esencialmente moral. Tú deber y el nuestro es sacarlo a la luz. No es honesto que pretendas sacar semejante tajada. Toma los treinta mil como un acto de compensación, no como la compra de un documento que no te pertenece.

-¿No tengo otra oportunidad? –Martín Herzog bebió una buena porción de whisky.

-No, no la tienes. No hay otra oferta.

-Lo pensaré.

-No lo entiendes –Juan Reyes puso en la mesa la tercera y última carta-. Tu oportunidad está aquí, ahora. No hay más tiempo.

Martín Hermón suspiró, una, dos, tres veces. Manoseó el vaso largo con ambas manos. Se frotó la barbilla. Se apretó la nariz de arriba hacia abajo. Finalmente sentenció:

-Está bien. Pero yo pongo las condiciones.

-¿Qué condiciones? –espetó Solares.

-Publicáis el documento, sin citar la fuente.

-Pero...es fundamental tu testimonio, es lo que debe dar autenticidad.

-Correcto. Al día siguiente convocamos una rueda de prensa –Martín Hermón tomó más whisky.

-¿Para qué tanta publicidad?

-Me vendrá bien para mi venganza. ¿Recuerdas?

Solares miró a Reyes. Este se mantuvo unos segundos en silencio. Luego dijo:

-Lo aceptamos. Arreglad el intercambio –se puso en pie y sin perder tiempo ofreció su mano a Martín Hermón y salió del local como si tuviera mucha prisa.

La noche era a cada rato más fría. Martín Hermón eligió caminar con la compañía de sus pensamientos. Sí, iría a Jerusalén. Pero, de momento, su Templo estaba en Madrid, era él mismo poniendo las cosas en su lugar. Imaginó a su primo leyendo sus declaraciones; pensó en la satisfacción de su primo y se sintió contento, como formando parte de una comunidad.

Lo que no podía saber Martín Hermón es que cuatro días más tarde ETA declararía un alto el fuego permanente.

Tampoco podían saberlo Buenaventura Solares y Juan Reyes, los dos legionarios, el llamado lehendakari y el máximo líder. Al saberlo, rabiosamente tristes, decidieron cancelar la publicación de documento. La opinión de la calle era favorable a la tregua y habían perdido el factor sorpresa.

FIN